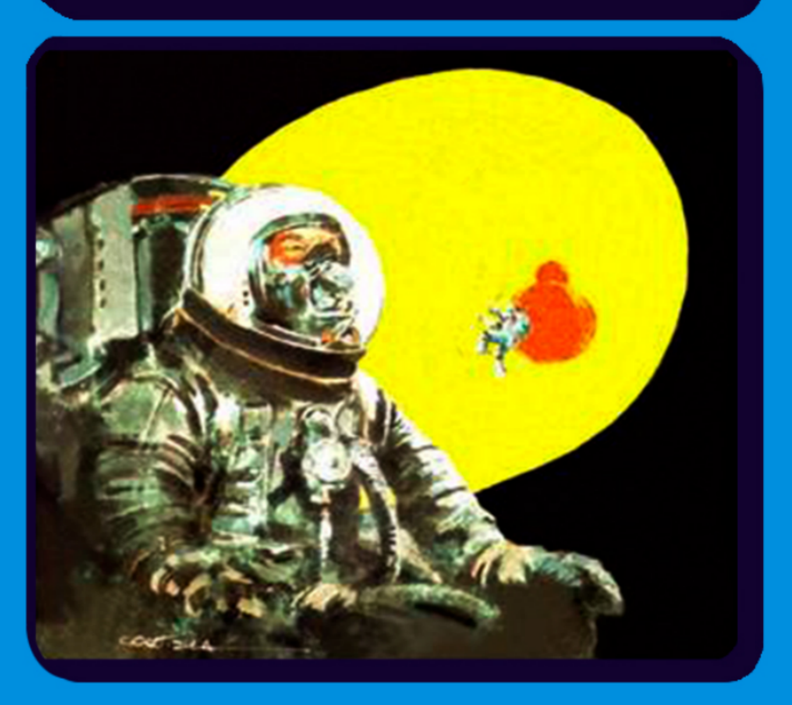
Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Elliot Dooley

La amenaza del cielo





Las mesas del tugurio eran de plástico endurecido. Los manteles que las cubrían también eran de plástico, aunque adaptable y con colores detonantes. Todas ellas contaban con el adorno de un jarroncito de flores, de plástico naturalmente. Y era de suponer que el servicio para comer y beber fuese así mismo de ese material.



Elliot Dooley

La amenaza del cielo

Bolsilibros: Galaxia 2000 - 8

ePub r1.1

Titivillus 04.09.2019

Título original: *La amenaza del cielo*
Elliot Dooley, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



LA AMENAZA DEL CIELO

ELLIOT DOOLEY

1

Un fuerte zumbido precedió la aparición del vehículo. Éste evolucionó delante del enorme edificio para acabar posándose en tierra, en el espacio reservado para los ingenieros y ejecutivos de alto nivel.

Era un vehículo plano de formas aerodinámicas, que le hacían semejante a una cucaracha. De él se proyectaba una luz azulada dándole un aspecto metálico y un tanto hostil.

Se abrió una de las compuertas del Planner-3 y apareció la achaparrada y simiesca figura de Edwin Skeanz, uno de los más célebres ingenieros bióticos de la *Spacial Industries Consolidated*.

Con paso tranquilo, Skeanz se encaminó a las instalaciones principales de la

SIC

, saludando al jefe de la guardia privada de la poderosa organización.

—¿Han venido ya todos? —preguntó el ingeniero biótico.

—No, señor Skeanz. Falta el director de operaciones.

—De todos modos no estará de más que se presente cuanto antes al presidente. ¡Está que echa humo!

—Gracias por el aviso.

El ingeniero biótico hizo un gesto amistoso con la mano y entró en el edificio de estructura colosal.

Aquella construcción carecía de ventanas pero sus paredes, casi translúcidas dejaban pasar la luz solar, filtrándola, igual que lo hicieran las antiguas vidrieras del siglo XXI.

Skeanz pasó los dos primeros controles de identificación y de inmediato accedió a la gran sala del consejo.

El presidente Van Shaker ocupaba ya su puesto y, alrededor de la amplia mesa, podían verse las caras más o menos expectantes de los demás consejeros de la

SIC
, con la excepción de Sum Lyberteng, el director de operaciones, cuyo sitial permanecía vacío.

Van Shaker carraspeó y mostró su malhumor pulsando un botón del intercomunicador, diciendo en tono exigente:

—Localicen a Lyberteng y díganle que estamos todos esperándole.

Una voz casi ininteligible respondió a la orden del presidente, que, volviéndose hacia los demás consejeros, gruñó:

—No comprendo que se retrase tanto… Es impropio de Sum.

Nadie respondió a aquellas palabras pero, instintivamente, los rostros se giraron hacia la compuerta que daba acceso a la sala. Estaba corriéndose hacia la derecha y en el espacio que dejaba vacío acababa de aparecer el esperado Sum Lyberteng, el jefe de operaciones de la
SIC
.

—¡Vaya! ¡Por fin te has decidido a honrarnos con tu presencia! —exclamó sarcástico el presidente, mientras el recién llegado iba a ocupar su puesto ante la mesa de consejo.

—Excusad mi retraso —dijo Lyberteng, con tono acre—, pero unas razones de peso me retuvieron en mi puesto cuando ya me disponía a venir.

—¿Razones de peso? —repitió sorprendido Van Shaker.

—Sí, presidente. Y tú mismo te sorprenderás cuando te informe de qué se trata.

—Bien. En ese caso habla, Sum. ¡Suelta ya lo que sea!

Sum hizo un gesto con la cabeza y abrió su portadocumentos, del que extrajo una serie de holografías al tiempo que decía:

—Acaba de producirse lo que tanto deseábamos. Un asteroide de buen tamaño acaba de entrar en nuestra galaxia.

—¿Cuál es su ruta? —inquirió Hugh Pasthianar, el consejero delegado de la
SIC
.

—Justo la de intersección con nuestro planeta.

—Entonces…, es lo que nos conviene —dictaminó Van Shaker.

—En efecto, presidente —replicó Sum—. Nuestros cálculos iniciales, sujetos todavía a verificación, indican que ese asteroide

debe tener unos 12 kilómetros de diámetro.

Los ojuelos de Van Shaker brillaron y, mientras se acariciaba el mentón, que adornaba con una barba en punta, comentó:

—La colisión con un asteroide de esas características equivaldría a una guerra nuclear.

—En efecto, presidente —confirmó Sum—. Se produciría una catástrofe global porque la atmósfera quedaría contaminada con polvo y cenizas radiactivas.

El ingeniero biótico alzó la mano diciendo a continuación:

—Eso no nos afectaría a nosotros, naturalmente, pues tenemos previstas todas las emergencias, pero…, ¿valdría la pena provocar tamaña colisión?

Todos los consejeros se volvieron hacia Sum Lyberteng, mirándole interrogativos.

El director de operaciones sonrió. Aquella expectación tan patente era motivo de satisfacción para él. Y muy pomposo anunció:

—Juzgad vosotros mismos.

Luego, en tono explicativo, agregó:

—El espectrograma del asteroide en cuestión indica que, entre otros materiales, es rico en oro, platino e iridio.

—¿Has hecho calcular su valor? —le interrumpió Pasthianar.

—Naturalmente y, aunque sólo dispongo de cálculos aproximados, puedo avanzar que se eleva a unos cincuenta billones de Dolrubs.

—¡Eso es una fortuna! —exclamó Van Shaker entusiasmado.

—En efecto, presidente —convino Pasthianar, como a regañadientes.

El director de operaciones volvió a sonreír, halagado por la impresión que, entre los consejeros, había causado la noticia acerca del valor aproximado del volumen de aquel asteroide.

Sum Lyberteng alzó la mano derecha, reclamando silencio y atención, para dirigirse a los presentes diciéndoles:

—Todo eso puede ser para nosotros a poco que hagamos bien las cosas.

Van Shaker, visiblemente impresionado, se puso en pie.

El presidente de la

SIC

sintió sobre él el peso de las miradas de los componentes del

consejo y, con tono enérgico, exclamó:

—¡No dejaremos escapar esa fortuna!

Luego, paseando su mirada por los rostros de los presentes dijo:

—Es un regalo que nos viene como llovido del cielo. Y nunca mejor empleada esta frase.

Unas risas de circunstancias acogieron el comentario. Van Shaker se encaró entonces con el director de operaciones, agregando:

—Encárgate tú mismo de hacer lo necesario para provocar la colisión con ese precioso asteroide.

Muy serio, Sum Lyberteng inquirió:

—¿Tienes en cuenta lo que representará tamaña colisión?

—¡Naturalmente!

Sum insistió:

—Permíteme que te recuerde que ésta equivaldrá a la destrucción total del planeta.

—No, Sum —rectificó el presidente—. El planeta permanecerá intacto. Lo que se destruirá será únicamente la vida animal y la vegetativa. ¡Nada más!

Lyberteng se encogió de hombros diciendo:

—Siendo así, si tienes en cuenta lo que sucederá indefectiblemente en la Tierra, no tengo nada que objetar.

El director de operaciones se levantó a su vez, pero antes de que pudiese añadir palabra, intervino Skeanz, el ingeniero biótico.

—Todo está claro en lo que a nosotros respecta, pero…, ¿qué se dirá acerca de esto en el gobierno galáctico?… A nuestros rivales les faltará el tiempo para acusarnos de haber provocado un genocidio planetario y pueden ordenar la cuarentena de la
SIC
.

Van Shaker hizo una mueca despectiva al responder.

—Lo primero que no has de olvidar, amigo Edwin, es que no habrá nadie en el planeta que pueda denunciar nuestra intervención. Para que alguien nos delatase tendría que estar vivo y aquí no coleará ni una rata.

»Y lo segundo —añadió con aire triunfalista— es que en el gobierno galáctico tenemos buenos y codiciosos amigos que, por una buena cantidad de Dolrubs, serían capaces de vender a su

madre. Por lo tanto es de esperar que acepten compartir nuestra riqueza.

—¿Compartir? —repitió el consejero delegado, con tono incisivo.

—Sí, compartir —sonrió Van Shaker—, aunque la verdad es que en ningún momento llegarán a saber cuánto obtendremos nosotros y cuál será la parte que les corresponda a ellos.

Aquella sonrisa y el tono con que habían sido pronunciadas las palabras aclaraban la verdadera intención del presidente de la SIC.

Los consejeros se tranquilizaron, sabedores ya de que se limitarían a pagar un soborno, pero que el importe de éste apenas mermaría el total de lo que se lograría con la dichosa colisión.

Uno tras otro, los componentes del consejo rector de la SIC fueron poniéndose en pie, pero antes de que ninguno hiciera ademán de abandonar la sala de reuniones, Van Shaker anunció:

—La decisión unánime adoptada por este consejo se mantendrá en el más riguroso y absoluto secreto. Nadie, sin excepción, tendrá noticia de este acuerdo. Bajo ningún pretexto se hará la menor confidencia. ¿Está claro?

Varios gruñidos de aprobación acogieron las palabras del presidente.

Ya sin más demora los consejeros se encaminaron a la compuerta de salida y comenzaron a abandonar la sala.

Van Shaker quedó solo.

El presidente de la *Spacial Industries Consolidated* se frotó las manos con entusiasmo y murmuró:

—La humanidad perecerá en la Tierra, pero yo… yo seré inmensamente rico. ¡El hombre más acaudalado de toda la galaxia!

2

La noche saturniana estaba aderezada por una espesa niebla, densa, plomiza, plastificada. Una niebla que al capitán piloto Miklos Cormahn le abría el apetito, provocando unos elocuentes retortijones de tripas.

El oficial del *Jet Propulsión Center* miró en torno suyo buscando un sitio a propósito para satisfacer sus necesidades.

Todas ellas, sin excepción. Tanto las del bebercio y el comercio como las amatorias, puesto que éstas últimas le aguijoneaban el bajo vientre, justo debajo del hambriento estómago.

Por eso, a la hora de elegir un antro en el que ubicar su recia y vigorosa anatomía, Miklos Cormahn eligió un local cuyo anuncio luminoso e intermitente lo definía como *Pleasure Tavern*, la taberna del placer.

—Aquí encontraré lo que necesito —se dijo y penetró en el local.

Éste no estaba mal.

Las mesas del tugurio eran de plástico endurecido. Los manteles que las cubrían también eran de plástico, aunque adaptable y con colores detonantes. Todas ellas contaban con el adorno de un jarroncito de flores, de plástico naturalmente. Y era de suponer que el servicio para comer y beber fuese así mismo de ese material.

—Con tal de que la comida, la bebida y las chavalas no sean de plástico… —deseó el capitán piloto.

Pero no. Lo último al menos parecía ser de carne y huesos, más de aquélla que de éstos.

La chavala que acudió a su mesa para recogerle el pedido —terrestre o descendiente de colonos terrícolas por lo menos— era una practicante del *topless* lo que permitía visualizar unas glándulas pectorales del más atractivo y carnoso aspecto, que incitaba a la verificación manual o bucal.

—¿Qué desea tomar, capitán? —preguntó la chavala de enhiestos pezones y labios jugosos.

—Primero algo de beber y de comer…, y luego a ti.

Ella sonrió mostrando una dentadura tan blanca que parecía ser de una negroide, e insistió:

—Es usted quien tiene que decir lo que quiere comer y beber.

—Eso me da lo mismo. Lo dejo a tu elección, pero…, ¿y de lo otro? ¿Qué me dices de ti?

La chavala adelantó la pechuga, pasándola casi ante las narices de Cormahn a las que llegó el olor —¿afrodisíaco?— de su carne sudorosa.

—Aquí no puede tomarme, capitán —indicó ella— y menos en las horas de trabajo.

—Yo soy muy paciente, ¿sabes? —replicó el capitán— puedo entretener el tiempo comiendo y bebiendo si sé que luego te tengo de premio.

Los ojos de ella brillaron.

—¿Aguantarás aquí dos horas?

—Sí…, si me dices a dónde iremos luego.

—Ése es otro problema porque yo vivo en una casa comunal.

—Entonces podríamos ir al Espaciopuerto, a mi nave.

—Por mí, conforme.

Cormahn sonrió al conseguir el acuerdo y, resuelto ya aquel problema, pidió lo necesario para satisfacer a su desfallecido estómago, con la certeza ya de que unas horas después complacería al cuerpo con la chavala del *topless*.

* * *

—¿Dónde está la cama? —preguntó Nadia al entrar en la cabina del capitán piloto.

—Aquí —contestó éste, pulsando un botón que hizo bascular un panel para que descendiese la litera—. Es fuerte, segura y confortable por lo estrecha.

Nadia rio con ganas mientras empezaba a despojarse de su vestido.

—Yo puedo ofrecerte lo primero y lo segundo, pero de estrechez

nada.

—Mejor.

—¿Por qué?

—Me fastidiaría ser el primero y tener que ensancharte.

—¡Bah! Aquello —dijo refiriéndose a sus primicias— está ya relegado al olvido.

Miklos cortó la alusión con un beso húmedo, largo, que acabó siendo mordiente. Ella correspondió con otros más cortos, restallantes, intensos y succionantes.

El capitán empujó a su pareja sobre la litera. Nadia se dejó caer en ésta reteniéndole entre sus brazos, frotándose y excitando al hombre lo mejor que sabía. Y había que reconocer que sabía un rato largo.

Abrazados estrechamente, pegándose las pieles como los componentes de un adhesivo publicitario, ambos a una se removieron en la litera.

El catre crujió ominosamente cuando ellos dejaron de retozar para pasar a la gran faena.

—Poséeme, Miklos… ¡Hazme tuya!

—No pensaba en otra cosa, ricura.

Y, acompañando las palabras con la acción, Miklos se proyectó en el cuerpo de Nadia, haciéndola gritar de placer.

Desmelenada y descoyuntada, Nadia gritó y gimió pidiendo la invasión —pero no de los marcianos, naturalmente—, aullando como una posesa y agitándose cual batidora de zumos terrestres.

—No puedo más… No puedo más, Miklos.

—Déjate de chorradas —replicó el capitán, autoritario y metafísico.

Cormahn prosiguió con sus ataques impulsivos hasta saciar totalmente su hambre amatoria que a ella la reducía a la extenuación.

Con eso daba fin a la batalla camal —que no campal— y la mujer, mirando amorosa al soberbio macho de la especie terrestre, musitó:

—Quisiera quedarme contigo… No separarme nunca de ti…

Él la miró a los ojos para calibrar la verdad de aquel propósito. Luego paseó su mirada por el resto del cuerpo femenino. La chavala le gustaba. Eso era evidente. Saltaba a la vista.

Miklos Cormahn se dejó ganar por el atractivo y los encantos desnudos de Nadia, lo que le llevó a acariciarla y a hacerle una proposición.

—Mañana regreso a la Tierra. Si quieres, puedo llevarte conmigo, pero no podrás alojarte en la residencia de oficiales.

—Eso no importa. Iré a dónde tú vayas y te esperaré dónde digas para ser tuya cuando quieras.

Mayor sumisión no podía pedírsele a una hembra.

El capitán Cormahn lo entendió así y comenzó a disponerlo todo para llevarse a la chica del *topless* a la capital terrestre, a Washcograd, donde estaba la oficina central del
JPC
.

3

—La trayectoria del asteroide está variando ligeramente, señor.

Sum Lyberteng frunció el entrecejo al escuchar a su hombre de confianza. Señaló la pantalla y preguntó:

—¿No puede efectuarse la colisión?

El ayudante del director de operaciones carraspeó, pero hizo un gesto afirmativo.

—Para todo hay solución, señor. Ya lo sabe usted.

Sum preguntó:

—¿Cuál se le ocurre, Kamoss?

—Puede volarse con explosivos una parte del asteroide, impulsarla luego con cohetes y hacerla caer sobre la Tierra.

—Bien, pero…, ¿y el resto?

—Actuaríamos después sobre él, de forma que se le imprimiese una nueva trayectoria, que coincidiría casi totalmente con la primera. De ese modo no habría una sino dos colisiones, pero el resultado práctico sería el mismo.

Sum Lyberteng lo pensó unos instantes, luego dijo:

—Me parece bien, Kamoss.

—Me alegro, señor.

—¿Ha elegido ya el sitio a propósito para que se realice el primer impacto contra el planeta?

—Sí, señor.

Kamoss señaló a su vez la pantalla fluorescente y añadió:

—Descarto los dos Polos debido a su achatamiento natural y porque el primer impacto provocaría un descenso de temperatura tal que nos sería imposible actuar allí preparando el segundo.

—Sí, claro —convino Lyberteng—, uno de los efectos secundarios es la congelación ambiental.

—Exacto, señor. Por eso creo que lo más oportuno es trabajar en la zona desértica cálida mayor del planeta: el Sahara.

—Bien. Dispóngalo así.

Lyberteng movió la mano en gesto de despedida, pero su ayudante continuó donde estaba, sin mostrar intenciones de irse.

—¿Hay algo más, Kamoss? —inquirió el director de operaciones.

—Naturalmente, señor.

—Hable. ¿De qué se trata?

Kamoss carraspeó antes de hacer uso de la palabra. Luego dijo:

—Considerando que después de efectuarse el primer impacto se producirá un rapidísimo descenso de temperatura, que llegará a la congelación, será preciso que nuestra gente cuente con trajes protectores apropiados para resistir esas temperaturas tan bajas.

—Sí, claro. ¿Y qué?

—Necesito una autorización para que los Laboratorios de la
SIC
fabriquen y me suministren los equipos necesarios para el personal que vaya destinado al Sahara.

—De acuerdo, Kamoss. Daré las órdenes oportunas ahora mismo.

El ayudante sonrió y se puso en pie.

—En ese caso —dijo—, no me queda nada más por decir.

Lyberteng despidió con un ademán a su hombre de confianza y éste se fue dejándole solo.

El director de operaciones de la
SIC
contactó inmediatamente con el presidente Van Shaker, cuya primera pregunta fue:

—¿Todo en orden?

—Sí, presidente.

En la pequeña pantalla Lyberteng pudo ver como sonreía su interlocutor.

—Hemos tenido algunos contratiempos —explicó— pero ya han sido solventados. El plan se desarrollará tal y como tenemos previsto aunque hayamos tenido que introducir algunas pequeñas variantes.

—Pero…, ¿se producirá o no la colisión?

—Tranquilo, presidente. Habrá colisión con la subsiguiente fortuna para nosotros y la mortandad de los terrestres.

—Bien, entonces todo va por buen camino.

Van Shaker cortó la comunicación complacido con aquella

noticia que le garantizaba la fortuna, aunque fuese a costa de la extinción de la vida en el planeta Tierra.

4

Nadia se proyectó desde la puerta al interior de la estancia para aterrizar, fogosa y calenturienta, en los brazos abiertos del capitán Cormahn.

—Has tardado mucho —reprochó él, antes de mordisquear el lóbulo derecho de la oreja del mismo lado.

—Lo siento, querido. Casi a última hora llegaron unos clientes y el jefe me exigió que les atendiera personalmente.

—¿Es que no había ninguna otra chica en ese antro?

—Como haberlas, sí las había —admitió Nadia—, pero por lo visto los clientes querían degustar algunas especialidades saturnianas y…

—Claro —atajó él—, de eso tú eres la que más sabes.

—Es cierto, pero ya sabes que lo mejor lo reservo para ti.

Al tiempo que hablaba, Nadia obsequió con una sonrisa a su hombre. Después, comprendiendo que éste deseaba algo más sustancioso, aplicó sus labios a la boca voraz de Miklos sorbiéndole el alma en un beso succionante.

La temperatura se elevó en diez grados centígrados dentro de la estancia.

Quizá fue precisamente por eso mismo que ambos a una asintieron la acuciante necesidad de despojarse de su respetiva vestimenta y de quedar en cueros vivos.

Pero ¡cosa curiosa!, al despelotarse pareció aumentar de nuevo la temperatura dentro de la habitación y una oleada de calor bañó los cuerpos de la pareja, que se abrazó ardorosa y febrilmente.

Sobando aquella carne tersa y dura, aunque suave, acariciándola cosquilleante, Miklos Cormahn inquirió:

—¿Te gusta la estancia que he alquilado para que nos sirva como nido de amor?

—Me gustas más tú.

—¡Oh! —exclamó él en tono circunspecto.

Nadia ponderó el valor del monosílabo y sintiendo que sus ansias crecían al par que el calor allí reinante, como si no quisiera que les enfriase ninguna corriente de aire, la mujer cerró la puerta y corrió el pestillo interior, que tenía la misión de aislarles del resto del planeta.

Efectuada esta labor preservativa, Nadia se ciñó al cuerpo del capitán con el mismo afán con que lo haría un pulpo.

—Ardía en deseos de estar contigo… —susurró.

—Y yo me abrasaba esperándote.

Enlazados estrechamente, los dos cayeron sobre el lecho funcional, que demostró servir para la función a que ellos lo destinaban.

Nadia percibió la urgencia del deseo masculino e, imitando al capitán, exclamó admirada y halagada:

—¡Oh!… —luego agregó—: ¡Ah!

Y no pudo añadir más monosílabos porque la boca de Miklos cerró sus labios con un beso ardiente.

Tensa y vibrante, Nadia se apretó contra el hombre que le hacía sentir la pujanza de una virilidad enhiesta.

El deseo les acuciaba a ambos.

La pasión encendía su carne y la temperatura de la estancia crecía y crecía, como si tratase de romper el termómetro.

Pero allí no se rompió nada. El capitán no necesitaba rendir una plaza que se le entregaba incondicionalmente.

Él sólo tenía que invadir…

Ocupar la posición…

Y gozar de eso que ha dado en llamarse reposo del guerrero, cuando en realidad el verdadero reposo no llega hasta después de haber colmado todos los anhelos y apetitos del conquistador.

Apetitos que algunos tildan de torpes, cuando la verdad es, que para satisfacerlos debidamente, es menester gran habilidad y destreza; cualidades ambas de las que podía enorgullecerse el capitán Cormahn.

* * *

Tan sudorosos como si estuviesen en un *solarium*, Nadia y Miklos picoteaban respectivamente sus labios, susurrándose ternezas y hablando de mil y una cosa sin apariencia importante.

—Aquellos clientes parecían tener prisa… Se ve que tenían que viajar a un lugar poco hospitalario.

Con aire indiferente, acariciando al desgaire el seno izquierdo, por la sencilla razón de que éste estaba más a mano que el derecho, Miklos preguntó:

—¿Te dijeron a dónde iban?

—Sí, al Sahara.

Miklos enarcó una ceja y comentó con aire aburrido:

—Pues las instalaciones de allí son de lo mejorcito que hay en la Tierra y ya ni el calor es un problema. Nuestros científicos lo han resuelto con acondicionadores aero-atmosféricos.

—¿Calor? —repitió Nadia con expresión de sorpresa—. Pero si yo les oí hablar de trajes especiales para evitar la congelación.

Miklos soltó una carcajada estruendosa.

—Trajes anticongelantes en el Sahara… ¡Menudo chiste!

Ella hizo un mohín de disgusto.

—No me estaban contando ningún chiste.

—¿No? —siguió riendo él.

—Te lo aseguro. De eso estaban hablando entre ellos. Y también dijeron algo de un impacto provocado.

—Repite eso —exigió el capitán poniéndose serio de repente.

—¿Que repita qué?

—Has dicho algo de impacto provocado, ¿no?

Ella asintió.

—Pues claro. Era de eso de lo que hablaban y fue luego cuando dijeron lo de los trajes anticongelantes.

Miklos se incorporó sentándose en la cama.

—¿Vestían algún uniforme? ¿Llevaban algún distintivo?

—La verdad es que no me fijé…, ¡espera!

—¿Qué?

—Dos de ellos tenían una especie de anagrama encima del bolsillo de la chaqueta.

—¿Puedes describirlo?

—Sí, claro. Eran sólo unas letras: una ese, una i…

—¡Y una ce! —exclamó Miklos—. ¿No es eso?

—Sí, ¿cómo lo sabes, querido?

—Porque ésas son las siglas de la *Spacial Industries Consolidated*.

Nadia quiso preguntarle algo sobre aquello, pero el capitán se había levantado ya y estaba vistiéndose.

La pregunta de ella fue entonces distinta a la pensada.

—¿Te vas ya, cariño?

—Sí.

—¿Cuándo volveré a verte?

—Lo más pronto que pueda…, pero tienes que hacerme un favor.

—¡Los que tú quieras, mi vida!

—Si viene algún otro cliente con el anagrama y esas siglas procura sacarle todo lo que puedas.

Ella se sentó en la cama e indagó:

—¿Qué te interesa saber?

—El máximo de cosas. Destino, objetivo, fecha de salida… Cualquier detalle sobre lo que van a hacer en el Sahara con trajes anticongelantes.

—De acuerdo, cariño. Trataré de servirte.

Él había llegado ya a la puerta y, desde ésta, le hizo un gesto amistoso de despedida.

Nadia miró irritada a la puerta, cuando ésta se cerró a espaldas del capitán, reprochándose a sí misma haberle hablado de aquellos clientes, por cuya causa su Miklos se acababa de ir con viento fresco después de dejarla excitada y más hambrienta de amor que nunca.

Sin embargo, mientras la mujer se vestía, pensó que aquellos clientes podían volver a disfrutar las delicias de las pasiones saturnianas.

Una sonrisa entreabrió los glotones labios de Nadia.

—Sólo tengo que esperar a que vuelvan y entonces, en cuanto les sonsaque algo, no tendré más que llamar a Miklos para que éste se ponga en contacto conmigo…, y lo de hoy tendrá segunda parte, y quizás incluso hasta una tercera o una cuarta. Todo dependerá de cómo yo me las maneje, primero con ellos, y con Miklos después.

5

Ephraim Kersh manejaba los controles con desgana evidente. Junto a él, su copiloto Chuck Howie no mostraba mayor interés por el reconocimiento que estaban efectuando.

—Esto que hacemos —rezongó Chuck— es una pérdida de tiempo.

El piloto asintió con un gruñido.

—¿Para qué demonios nos envían a efectuar este vuelo? —siguió diciendo el descontento.

—¿Quieres una buena razón, Chuck?

Éste se interesó.

—Naturalmente.

Con aire triunfal, como si acabara de descubrir la cuadratura del círculo, el piloto aseveró:

—La razón básica y fundamental es la de tocarnos los cataplines.

El oficial de transmisiones Gurawz, que hasta entonces permaneciera silencioso, prorrumpió en estruendosas carcajadas.

Chuck se volvió irritado y le increpó:

—Deja ya de reír, mono amarillo.

Riendo a más y mejor, Gurawz replicó displicente:

—Puedes llamarme mono amarillo si esto te calma, pero ése es el color de la yema del huevo. Tú, en cambio, con lo pálido que estás, pareces la clara.

Antes de que Chuck soltase su habitual sarta de exabruptos y de tacos, el piloto terció para zanjar la incipiente pelea verbal.

—¡Ya basta de tonterías! ¡Estad los dos atentos al trabajo!

—Pero, Ephraim —protestó el copiloto—, si tú mismo reconociste antes que esto era una tocada de huevos.

—Lo dije, pero eso no quita para que, ya que estamos volando, mantengamos los ojos abiertos.

—¡Bah! Mientras funcione ese maldito radar de Gurawz no hace

falta que nosotros abramos ningún ojo.

Ya se disponía a decir algo el piloto cuando la voz del oficial de transmisiones se dejó oír con tono de alarma.

—¡Atención los dos! Aquí hay algo anormal.

Ephraim giró la cara hacia él e inquirió:

—¿Qué pasa?

—Según el plano de esta zona, aquí no debía haber ninguna instalación.

—¿Acaso has descubierto una? —preguntó Chuck sarcástico.

—Yo no, amigo. ¡Mi radar!

—¿Cómo has dicho? —preguntaron Ephraim y el copiloto a un tiempo.

—Ya lo habéis oído y aunque soy amarillo no hablo chino sino la interlingua. Acabo de localizar unas instalaciones que, para colmo, no están en la superficie. Se hallan bajo tierra.

—¡Instalaciones subterráneas! —exclamó Chuck desconcertado, sin dudar ya de las aseveraciones del oriental.

—Exacto. Las que son propias de refugios antinucleares.

—Pero…, eso no es posible —murmuró el piloto.

—Observa tú mismo la pantalla —le ofreció Gurawz haciéndose a un lado.

Ephraim Kersh confió los mandos al copiloto y se inclinó sobre la pantalla de radar, observando con asombro la imagen de las instalaciones recién detectadas. Todavía estupefacto ordenó a Gurawz:

—Contacta con la Base. Informa del hallazgo y de las coordenadas de situación. Pide instrucciones enseguida.

—De acuerdo —replicó Gurawz procediendo a abrir los canales de comunicación—. En cuanto establezca el contacto, tú mismo te pondrás al habla con la Base…, pero ¿qué demonios pasa ahora?

Tanto Ephraim como el copiloto se quedaron mirando a Gurawz, que parecía perplejo y que pulsaba, uno tras otro, todos los interruptores de conexión.

El oriental se volvió sudoroso hacia su jefe y exclamó:

—No logro establecer contacto… ¡Tengo las comunicaciones bloqueadas!

—Intenta por otro canal —indicó Kersh.

—¡Los he probado todos!

—¿Y eso…?

El dedo índice del piloto señalaba a la pantalla, en la que acababan de aparecer unas siluetas fusiformes, que se movían a velocidad vertiginosa hacia un punto.

—¡Son telemisiles!

—¡Y los dirigen contra nosotros!

—Sí, Ephraim. ¡Estamos perdidos!

Las últimas palabras del oriental resultaron proféticas.

Dos telemisiles hicieron impacto en la patrullera, que estalló en el aire, pulverizándose.

Gurawz no había podido contactar con la Base y tanto él como el piloto y el copiloto acababan de convertirse en polvo; en un polvo muy parecido al que podía verse en la árida superficie del Sahara.

Una zona inhóspita y desértica, en la que oficialmente no existían otras instalaciones que un observatorio climatológico.

Y sin embargo…

* * *

—¿Puede decirme qué demonios está pasando, Spielberg? —preguntó el comandante de la Base Afrika-5.

—No, mi comandante. No puedo.

—¿Qué significa eso?

—Sencillamente, que se ha perdido el contacto con la patrullera que envió a efectuar el vuelo de reconocimiento en el Sahara.

—Insista por todos los canales. Tal vez haya algún problema climatológico en esa zona.

Spielberg movió la cabeza, negativamente.

—Es inútil, comandante. He probado todos los canales y el resultado ha sido siempre el mismo.

—¿No puede haberse producido alguna avería en el sistema de comunicación?

—La posibilidad existe, desde luego, pero es prácticamente nula.

—¿Por qué?

—Nuestras naves de observación están dotadas de un dispositivo de seguridad que se pone en funcionamiento, automáticamente,

cuando se produce una emergencia. Ese aparato —siguió diciendo Spielberg— transmite además la posición de la nave en apuros para que sea localizada lo antes posible.

—¿Y qué?

—No hay transmisión alguna del dispositivo de seguridad. Ni siquiera la de posición de la patrullera.

—¿Entonces…?

Spielberg se encogió de hombros y dijo fatalista:

—Eso significa que la patrullera ha sido destruida antes de que pudiese entrar en función el dispositivo de seguridad.

Y, encarándose con su jefe, agregó:

—Según mi entender, señor, tiene que dar de baja la patrullera y dar por desaparecidos a sus tripulantes.

El comandante de la Base Afrika-5 palideció, como si también él hubiese muerto. Se mordió el labio inferior, pensando con rapidez en lo que debía hacer. Luego, encarándose con Spielberg, ordenó:

—Establezca contacto con la *Jet Propulsión Center*. Pida comunicación directa con el general Bernú Gammel. Es preciso que sepa lo sucedido con esa patrullera.

—Sí, mi comandante.

El oficial de comunicaciones procedió a efectuar la llamada a la capital, Washcograd, mientras el comandante de la Base pensaba que los recelos del general, cuando ordenó se efectuara aquel vuelo de reconocimiento en la zona del Sahara, estaban ahora más que justificados.

* * *

—Póngase cómodo, capitán Cormahn —dijo el general cuando Miklos compareció ante él.

Un tanto extrañado por la sorprendente amabilidad de su jefe. Cormahn se instaló en el confortable sillón indicado por el general Gammel.

—¿Le apetece tomar algo, capitán?… ¿Algún licor?

Cada vez más perplejo, Miklos respondió negativamente.

El general dejó a un lado su insólita amabilidad y, a boca de jarro, le espetó:

—Acaba de desaparecer una patrullera en el Sahara. Y cuando digo desaparecer me atengo a la realidad de los hechos. Se ha esfumado en el aire y no parece sino que se hubiese convertido en polvo cósmico.

Cormahn observó al general, pero se mantuvo en silencio, a la expectativa, como si estuviera seguro de que su jefe aún no había terminado de hablar.

En efecto, así era.

Tras un leve carraspeo, el general Bernú Gammel añadió:

—Fue usted quien nos puso sobreaviso y ahora, después de lo que ha sucedido, necesitamos toda clase de detalles.

—Lo comprendo, mi general.

—Entonces, hable capitán. ¿Quién le informó de que sucedía algo anormal en la zona del Sahara? ¿Cómo se enteró ese alguien? ¿Qué clase de peligro nos amenaza?…

Miklos quedó pensativo unos instantes. No las tenía todas consigo puesto que iba a tener que descubrir la presencia de Nadia en la Tierra, procedente de Saturno, y en qué condiciones se había efectuado ese viaje. También tendría que decir cuál era el oficio que desempeñaba la chica que él se beneficiaba cuando disponía de unas horas libres.

La voz airada del general Gammel le sacó de su ensimismamiento.

—¡Hable de una vez, capitán! ¡Suelte lo que sea, condenación!

—Es que se trata de algo… ¡ejem!… muy delicado. La persona que está… digamos involucrada… bueno, su situación no es muy regular y…

—¡Déjese de circunloquios, capitán! —estalló Bernú Gammel—. Si se trata de un delincuente de poca categoría, si no es ningún criminal, puede garantizarle la seguridad y que se estabilizará su situación. ¡Pero quiero saber a qué atenerme en este caso!

Con gesto iracundo el general golpeó su mesa con el puño, agregando:

—Hemos perdido una patrullera con su tripulación y eso no puede quedar impune. ¿Está claro?

—Sí, mi general.

—Entonces hable ya de una puñetera vez.

Miklos tragó saliva y, tras encomendarse a todos los dioses de la

galaxia, comenzó su relato a partir del momento en que entró en la *Pleasure Tavern*, le sirvió la chica del *topless* y se la llevó a su nave para echarle unos casquetes a sus anchas, después de lo cual la trajo a la Tierra como polizón.

—Tengo un amigo que posee un local en el extrarradio de Washcograd —concluyó diciendo— y como él no es demasiado escrupuloso con eso de las tarjetas de identidad, sobre todo si se trata de mujeres bien hechas y mejor dispuestas, le presenté a Nadia y la aceptó para que atendiese a sus clientes más exigentes.

—¿Y fueron unos clientes de ésos los que informaron a su…, amiga?

—Sí, mi general.

—Bien, bien… Eso puede facilitarnos las cosas.

El general Gammel se acarició la barba con aire pensativo. Luego miró con detenimiento al oficial, que seguía sin tenerlas todas consigo. Él lo entendió así y forzó una sonrisa.

—Ya puede retirarse, capitán Cormahn.

—Gracias, mi general —exclamó Miklos levantándose casi de un salto.

—Vaya además a ver a su… amiga, y dígale que su situación en el planeta quedará regularizada…

—¡Muchísimas gracias, mi general!

—… a condición de que continúe colaborando con nosotros —terminó imperturbable el general Gammel.

—¿Colaborando? —repitió Miklos desconcertado—. ¿Cómo, mi general?

—Del modo más sencillo: tratando a esos tipos de la SIC y consiguiendo más información sobre ellos y sus planes.

El rostro de Miklos se nubló, pero no dijo nada en contra. Se cuadró ante su jefe y, luego de saludar militarmente, dio media vuelta y abandonó el despacho del general en jefe del JPC.

6

Encerrado en su despacho, bañado en luz azulada filtrada a través de las paredes, el director de operaciones de la SIC miraba con aire preocupado los hologramas transmitidos desde su Base en el Sahara.

Sum Lyberteng podía apreciar cómo había sido pulverizada la patrullera de la JPC, procedente de la Base Afrika-5.

—Desde luego no ha quedado ni rastro… —murmuró entre dientes—, ni de la patrullera ni de sus tripulantes.

Él siguió con el ceño fruncido, hablando consigo mismo.

—Según los informes recibidos pudo impedirse que los de la patrullera contactaran con su Base, pero…, ¿será cierto eso?… ¡Necesitaría estar seguro a ese respecto!

El director de operaciones miró a la pantalla de su transmisor, en la que no se reflejaba ninguna imagen.

—Tengo que salir de dudas cuanto antes —se dijo.

Sin más vacilaciones, Sum accionó el pulsador y, tras establecer comunicación con el despacho de su ayudante, habló con éste.

—¿Manda algo, jefe? —le preguntó Kamoss.

—Sí. Es preciso ponerse al habla con el hombre mejor situado en la JPC que acepte nuestros Dolrubs.

—¿Puedo preguntar para qué?

—Se trata de la Fase «S». Ha tenido lugar un accidente y…

—Estoy informado de lo ocurrido, señor. El jefe de nuestra Base me indicó que se vio obligado a destruir una patrullera. Pero no quedó ni rastro de ella, señor. Recibió el impacto de dos telemisiles

y…

—Eso ya lo sé —atajó Lyberteng—. Lo que necesito es estar seguro de que los tripulantes de esa patrullera no establecieron contacto con su Base ni su dispositivo de seguridad transmitió las coordenadas de posición. Por eso hay que ponerse al habla con quien pueda informarnos.

—Bien, señor. ¿De qué crédito dispongo para desatar la lengua de nuestro informador?

—Gaste los Dolrubs que hagan falta. Éste es un asunto prioritario.

—De acuerdo, señor. Me pondré al habla con nuestro hombre inmediatamente.

—¡Un momento! —exclamó Lyberteng, manteniendo abierta la comunicación con su hombre de confianza.

Kamoss clavó sus ojos en la pantalla e inquirió:

—¿Algo más, señor?

—Sí. Es imprescindible la máxima discreción en este asunto.

—Lo comprendo perfectamente, señor.

—Por eso deberá informarse sin hacer preguntas directas, que podrían despertar recelos o levantar sospechas.

—Así lo haré, señor.

—Una cosa más…

—Diga, señor.

—Cuando tenga que transmitirme alguna información venga a mi despacho. Hablará sin que haya testigos delante.

—Comprendido.

—Y de todo esto no hablará con nadie más. ¿Lo entiende, Kamoss? ¡Absolutamente con nadie más!

—Entendido, señor.

—Bien, en ese caso, póngase en acción inmediatamente.

Luego de dar aquella orden, el director de operaciones de la
SIC
cortó la comunicación, seguro ya de que su ayudante Kamoss no le defraudaría y de que obtendría toda la información posible acerca de lo ocurrido en el Sahara.

* * *

El lujoso y confortable cubículo puesto a disposición de Nadia para sus «servicios especiales» estaba sumido en un silencio relajante.

Una vez terminada la primera parte de la función, y después de dar buena cuenta de un suculento y afrodisíaco piscolabis, tuvo lugar el segundo acto. En él, al igual que en el primero, participaron la voluptuosa mujer, Kamoss y el desgalichado invitado de éste.

Nadia actuó con su acostumbrada eficiencia.

La mujer demostró con creces que en aquella materia era una artista consumada, que tenía el don de consumir a sus *partenaires*.

Y es que para Nadia la geometría no tenía secretos, sobre todo cuando se trataba de montar un numerito triangular.

Como ella decía, el triángulo es la figura perfecta para el placer.

Eso le permitió desfogarse a sus anchas de una parte, y provocar por otra el agotamiento de Kamoss y de su invitado, los cuales —dicho sea de paso— no estaban deseando otra cosa que quedar exhaustos debido al tratamiento erótico de la hermosa, curvilínea y sensual hembra.

Y desde luego ambos quedaron hechos migas.

Más tarde, mientras Kamoss y el desgalichado invitado de éste roncaban a pierna suelta, con sonoridades de armonio escacharrado, recuperando así sus fuerzas para participar en un tercer acto más lujurioso que los precedentes, la mujer resumió mentalmente la situación.

«Con la visita de estos dos tipos y luego de haber oído lo que hablaban ya puedo llamar a Miklos. Hay que ver lo que han “largado” pensando que yo no entendía ni torta. ¡Los muy cretinos!… Cuando se lo cuente a mi hombre saltará de contento y también me contentará a mí. O por lo menos así lo espero».

Al pensar en aquella perspectiva se le alegraron los ojos a Nadia y su cuerpo se estremeció de gusto anticipado.

La servicial y eficiente hembra se pasó la lengua por los labios y volvió a mirar a los dos hombres, que seguían sumidos en un sueño reparador, propio del tan cacareado reposo del guerrero.

«Tengo que hacer que vuelvan a la carga y no sigan durmiéndose en los laureles. Así se darán el piro y me dejarán tranquila».

Aquello de la tranquilidad era en realidad un eufemismo, porque

lo que de verdad deseaba la sensual Nadia era llamar a Miklos y que éste acudiera al cubículo para recibirle con los brazos abiertos, y con toda ella en oferta.

Nadia pensaba que cuando dijera a su adorado lo que acababa de oír, Miklos la obsequiaría con el premio carnal y efusivo a que se sentía acreedora.

Por todo esto, decidida a no perder segundo, Nadia se aplicó a la tarea de despertar al anfitrión de la fiesta. Sus excitantes caricias despertaron a Kamoss, que se acurrucó contra el cuerpo de la sugestiva hembra, buscando nuevos placeres en su carne aterciopelada.

Pero Nadia quería que todo terminase cuanto antes y se inclinó por la función triangular.

Dejando que el ayudante de Lyberteng la sobara y acariciase a sus anchas, ella se abocó a despertar el desgalichado, cuyo informe, según viera de entrada la perspicaz Nadia, lucía las insignias de la
JPC
.

—Quiero seguir disfrutando, amigos —les dijo elocuente y tentadora.

—¡Y nosotros! —declaró Kamoss por los dos.

Los gruñidos afirmativos del desgalichado indicaron a Nadia que también el tipo de la
JPC
anhelaba convertirse en «hombre-objeto» propiciatorio.

Como puestos de acuerdo, ambos hombres se abalanzaron sobre la estupenda colaboracionista y, tácitamente, pragmáticos y eufóricos, acometieron diferentes objetivos de aquel cuerpo sinuoso y pletórico, dedicando sus talentos y habilidades a la posesión de Nadia.

Ella se agitaba con movimientos espasmódicos y demoledores, haciendo auténticos equilibrios para funcionar con ambos hombres simultáneamente.

—¡Vamos! —les incitó—. ¡Moveos a lo loco!

Kamoss correspondió al acicate y aulló:

—¡Sensacional, Nadia! ¡Eres mejor que un terremoto!

El tipo disfrutaba como un camello.

Por su parte, el desgalichado se contorsionaba y gritaba:

—Más…, más…, más…

Ni el anfitrión del
SIC
, ni la hetaira interplanetaria sabían con exactitud a qué se refería el otro, pero eso era ya lo de menos.

Lo demás era que un sol restallante parecía haberse encendido dentro del cubículo reservado para Nadia, poniendo en sus paredes y sobre todo en el catre fuertes destellos y fulgores insólitos, que parecían excitar al máximo a sus efusivos *partenaires*.

El mar de los sentidos se agitó tumultuoso.

Gemidos entrecortados, ayes y mugidos de placer se entremezclaron, cuando Nadia se desmelenó a fin de lograr su objetivo.

Ella consiguió con creces su propósito.

Una especie de nova creció y estalló en el interior del recinto, pulverizándose el primer atacante y quedando desmadejado el segundo.

Sólo Nadia permanecía indemne y se erguía como la triunfadora que era.

Después, cuando ambos hombres hubieron recobrado parte de sus fuerzas y se enfundaron en sus respectivas vestimentas, Nadia les despidió cariñosamente, como hace toda buena profesional que desee vuelva el cliente para repetir y seguir consumiendo.

—Hasta la próxima, Nadia —dijo Kamoss en el umbral del cubículo.

—Hasta que tú quieras, precioso —replicó ella.

—A mí también me encantará volver a verte —indicó el desgalichado.

—¿Sólo a verme…? —Comentó Nadia, con un brillo irónico en sus ojos.

—Bueno, tú ya sabes —repuso el otro sonrojándose como un cadete.

—Sí, querido. Lo sé —dijo ella, acompañándole hasta la puerta y dándole un beso de tornillo.

Kamoss y su invitado abandonaron el sitio, yéndose con viento fresco, sin saber que de ese modo le dejaban el campo libre al capitán piloto Cormahn, al que la sin par Nadia llamó presurosa.

Miklos había cumplido como bueno. No defraudó ni por un momento las esperanzas que en él había cifrado la sicalíptica Nadia.

Él la complació en todos los sentidos dejándola hecha unos zorros y tan desmadejada como la legendaria Mesalina después de ganar una de sus apuestas.

Terminada la función, Miklos se incorporó en el catre y dijo:

—Bien, querida, hablemos ahora de cosas serias.

—Lo que tú quieras, amor.

—¿Estás segura de que el invitado del tipo de la SIC lucía en su uniforme las mismas iniciales que ostento yo en el mío?

—¡Segurísima!

—¿Y que él le dijo al otro que los tripulantes de la patrullera no pudieron dar su posición antes de ser pulverizados?

—¡Exactamente!

El capitán se acarició pensativo el mentón. Él no tenía dudas respecto a la sinceridad de Nadia. Pero eso de que un oficial de la JPC informase a uno de la SIC sobre aquel respecto resultaba preocupante.

«Entre los nuestros hay traidores, informadores que se venden por un puñado de Dolrubs… Eso no le gustará ni pizca al general. Pero es algo qué está más claro que el agua de Neptuno».

Miklos dirigió una sonrisa a su eficiente colaboradora y, como todo buen trabajo merece una recompensa, él se la brindó pegándole otro virulento revolcón en el catre que la dejó saciada al límite.

Después, el capitán se levantó y despidió cariñoso de la satisfecha hembra, la cual musitó anhelante:

—¿Volverás pronto, amorcito?

—En cuanto disponga de una hora libre.

Pero, pensando en la posibilidad de que ella obtuviese más información, aclaró sugerente:

—De todos modos si descubrieses algo más no vaciles en llamarme. Ése sería un buen pretexto para que el general me diese permiso.

—No lo olvidaré, amor.

Nadia abanicó sus ojos con las largas pestañas y sus labios aletearon como si otra vez estuviese saboreando los de Miklos Cormahn.

Pero él tenía que informar a su jefe y, tras despedirse de la fogosa mujer, se dirigió sin pérdida de tiempo al cuartel general de la JPC.

7

—Lo que me dices es muy tranquilizador, Kamoss.

—Porque lo pensé así vine de inmediato.

Lyberteng aprobó:

—Perfecto…, perfecto.

Kamoss sonrió y se infló como un globo al escuchar aquellas palabras del director de operaciones. Además, éste, dándole muestras de mayor confianza, había pasado incluso a tutearle, lo cual era para su ayudante un «honor» inesperado, algo así como una condecoración.

—Entonces, si los gerifaltes del
JPC
no tienen ni idea de lo que verdad pasó en el Sahara con su patrullera —siguió diciendo Lyberteng, con una mueca siniestra en sus labios—, no hay ya razón alguna que nos impida continuar y llevar adelante nuestros planes.

El director de operaciones se encaró con Kamoss.

—Pon en marcha la segunda fase del programa —le ordenó.

—De acuerdo, jefe. ¿Con qué intervalos hay que efectuar los lanzamientos de los misiles?

—Cada doce horas…, de momento.

—¿No es un intervalo demasiado prolongado, señor? —manifestó asombrado el ayudante de Lyberteng.

—En absoluto, Kamoss. Ése es ahora el más conveniente.

Lyberteng hizo una breve pausa y añadió:

—Además, ya dije que sería sólo de momento.

Kamoss vaciló.

—Es que…, yo suponía que…

El director de operaciones cortó con un ademán enérgico las balbuceantes palabras de su hombre de confianza.

—Lo he pensado mucho, Kamoss, y he llegado a la conclusión de

que haciéndolo así podremos seguir y estudiar de cerca los resultados que se vayan obteniendo, de forma y manera que se efectúen las rectificaciones necesarias a que haya lugar para conseguir que el asteroide vuelva a su trayectoria inicial.

—Entonces, cuando volvamos a tenerlo en línea de colisión con la Tierra, para evitar que se produzcan nuevas desviaciones de trayectoria, procederemos a impactar contra su superficie los misiles necesarios a fin de que se desprenda un fragmento de buen tamaño, que vaya a parar a la zona del Sahara, provocando la primera colisión, tal y como tenemos previsto.

El ayudante inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Perfectamente, señor. Lo haré como acaba de ordenar.

—Estoy seguro de ello, Kamoss.

Con un gesto autoritario, el director de operaciones señaló a la puerta, mandando con cierta sequedad:

—No pierda más tiempo.

Kamoss inclinó la cabeza, maldiciéndose a sí mismo por haberse atrevido a discutir una orden de su jefe que, como reprensión, había dejado de tutearle. Giró luego sobre sus talones y abandonó presuroso el despacho de Lyberteng.

El siniestro Sum permaneció sólo unos instantes, resumiendo *in mente* la información que acababa de recibir. A continuación fue en busca del presidente de la SIC y, en breves palabras, le puso al corriente de las últimas novedades.

Van Shaker manifestó con gruñidos la satisfacción que le causaban aquellas noticias.

—Estamos de enhorabuena, Sum.

—Lo mismo pienso yo, presidente.

—Estos tipejos de la JPC no son capaces siquiera de olerse la tostada.

—Desde luego. No sospechan lo que se les viene encima. Y ahora, una vez se haya iniciado la segunda fase de nuestro programa, ya no podrán hacer nada para evitar que se produzcan las dos colisiones.

—Y que lo digas, Sum. Después de esto nos convertiremos en los personajes más acaudalados de toda la galaxia.

Lyberteng soltó una carcajada.

—Sí, presidente. El asunto está en el bote.

—Y los terrestres pagarán caro que nosotros nos hagamos millonarios.

—¡Qué se jodan, presidente!

—Exacto, Sum. ¡Qué se jodan!

De un modo gráfico y expresivo, el presidente de la
SIC
acababa de sentenciar a todo un planeta, condenándole a qué de él desapareciese todo vestigio de vida, vegetativa y animal.

El globo terráqueo iba a convertirse, de acuerdo con aquellos planes codiciosos, en un planeta muerto, a la vez que en el más fabuloso yacimiento de oro, de platino y de iridio.

Un yacimiento prácticamente inagotable para tres o cuatro generaciones, si bien los primeros en obtener sustanciosos beneficios serían Van Shaker, Lyberteng y toda la cuadrilla de altos ejecutivos de la *Spacial Industries Consolidated*.

Una auténtica pandilla de criminales que, con el pretexto de realizar una operación comercial de envergadura, buscando únicamente su lucro personal, iban a desencadenar en la Tierra una terrible mortandad.

La aniquilación de la humanidad.

* * *

El general Bernú Gammel se acariciaba la barba, meditabundo. Frente a él, en posición de firmes, Miklos Cormahn aguardaba sus órdenes.

El silencio se prolongó todavía varios minutos.

Miklos carraspeó para llamar la atención de su jefe, recordándole su presencia en el puesto de mando.

El general alzó la mirada y, con un gesto, señaló a uno de los sillones que había frente a su mesa.

—Disculpe, capitán. Siéntese.

Miklos Cormahn así lo hizo y aguardó expectante a que el general dijera algo más. Al fin, Bernú Gammel inquirió:

—¿Podrá su informante reconocer al traidor?

—Desde luego, mi general, pero tendrá que verle.

Gammel movió la cabeza negativamente.

—No nos interesa airear este enojoso asunto.

—¿Entonces…?

—Usted acompañará a esa mujer al Departamento de Control. Confío en que a ella le baste con ver las fichas para identificar a nuestro hombre.

—Lo que usted ordene, mi general, pero…

—¿Qué?

Miklos carraspeó antes de responder.

—Aparte de la identificación de ese cerdo que se ha vendido a la SIC, considero que deben tomarse medidas para desvirtuar los planes de esa gentuza.

—No se preocupe por eso, capitán. La Base Afrika-5 quedará en estado de alerta y se intensificarán las patrullas en la zona. No tardaremos en saber qué buscan allá los tipos de la SIC. Usted vaya a lo suyo, capitán.

Cormahn se levantó y saludó haciendo chocar los tacones de sus botas, retirándose después para ir en busca de Nadia, confiando en que para ésta sería un juego de niños identificar al traidor.

* * *

—¿Qué ganaré yo en todo esto? —preguntó Nadia, cuando Miklos la puso al corriente de lo que se esperaba de ella.

—Lo primero ya lo has conseguido, muñeca —replicó él, acariciando al desgaire su aterciopelado busto—. Se te ha concedido la ciudadanía terrestre y tienes tu documentación en regla.

—¿Y eso es todo? —inquirió ella, mirándole maliciosa.

—Sí.

—Yo esperaba más.

—Bueno, también me tienes a mí.

Nadia se inclinó sobre el cuerpo musculoso del capitán. Le miró a los ojos y preguntó:

—¿De verdad te tengo, Miklos?

—¿Acaso lo dudas?

—Francamente, sí.
Él se extrañó.
—¿Por qué?
Ella suspiró al responder.
—No sé…, pero te veo tan poco.
—Cuando todo esto termine nos veremos mucho más.
—¿Lo prometes?
—¡Te lo juro!
Y, para dar mayor fuerza a su juramento, Miklos se apoderó de los labios de la mujer, besándola ardorosa y apasionadamente.
Cuando los labios de ambos se separaron, Nadia musitó:
—Yo preferiría que ciertas cosas no se aplazasen.
—¡Y yo, mi vida!
—Entonces…, ¿para qué esperar, cielo?
Él miró aquellos labios tentadores, el busto incitante, el cuerpo escultural que se le ofrecía cremante de deseo. Sus manos se adelantaron para acariciar la sedosa y excitante piel, pero se contuvo.
Miklos tragó saliva y movió la cabeza en sentido negativo.
—Ahora no puede ser. Compréndelo…
—¿Qué he de comprender?
—Pues…, que soy un oficial del
JPC
, que tengo una orden que cumplir y que debo hacerlo inmediatamente.
Nadia le dirigió una sonrisa, de ésas que se clasifican como enloquecedoras y que convierten en flan a un tipo, aunque presuma de rudo.
—Todavía tienes que convencerme para que colabore en eso de la identificación de ese fulano que os traiciona.
—¿Cómo? —exclamó él desconcertado—. ¿Es que dudas acerca de lo que tienes que hacer?
Ella le guiñó un ojo con picardía.
—Yo no dudo, tontín, pero…
—¿Pero qué?
—Me gustaría mucho que me convencieras de que debo colaborar con vosotros. ¿Y sabes una cosa?
Él movió la cabeza, negativamente, mientras Nadia se restregaba

contra el musculoso cuerpo del oficial y le susurraba:

—Sólo tienes una manera de convencerme.

Miklos sabía perfectamente cuál era aquella manera; una que, desde luego, no le disgustaba en absoluto. Más aún. Era una manera que le encantaba.

Miklos dejó escapar un profundo suspiro.

—¡Todo sea por el deber!

Y ya que era aquello lo que le exigía el deber, el oficial del JPC se esmeró al máximo en hacer lo que debía.

Lo que Nadia deseaba.

La estrechó entre sus brazos apasionada y febrilmente, para poseerla con virulencia y haciéndola gozar tanto como ella anhelaba.

Nadia se agitó convulsa y espasmódicamente, emitiendo gemidos que se alternaban con rugidos semejantes a los de una leona en celo.

Ella le mordió en el instante supremo.

Luego, mientras la mujer se serenaba, musitó:

—Me has convencido, Miklos… Haré lo que quieras. Iré contigo al Departamento de Control o al otro extremo de la galaxia. A dónde tú me digas.

—¿Identificarás, pues, al traidor?

Ella respondió con fervor:

—A ése y a todos los que tú quieras. ¡Me tienes por completo a tu disposición! ¡Soy tuya en cuerpo y alma!

—Entonces —dijo él, levantándose y empezando a vestirse—, vámonos. Cuando antes atrapemos a ese tipo y descubramos los planes de nuestros enemigos, antes podremos estar juntos tú y yo.

—En ese caso no se hable más —dijo Nadia y, levantándose a su vez, se vistió en un santiamén, para no perder, ni un segundo como le pedía él.

8

El sol se reflejaba en la arena igual que en la pulimentada superficie de un espejo. Como un foco que incidiese en un mar de mercurio.

Basil Sturgeon, el piloto de la OBS-Planner-7, estaba aferrado a los mandos y con el cuerpo en tensión.

Él, como los demás oficiales de las patrulleras de la Base Afrika-5, había recibido órdenes muy precisas concernientes a la situación de alarma, provocada por la desaparición de la patrullera de Ephraim Kersh.

No había que dejarse sorprender por el enemigo.

Pero…, ¿a qué enemigo se refería el alto mando con aquella comunicación?

Ninguno de los jefes de la Base lo sabía.

—¿Ves algo anormal, Stacy? —le preguntó al copiloto.

—No, Basil. Para mí todo es de lo más normal.

El jefe de la patrullera se giró hacia el oficial de transmisiones.

—¿Y tú, Crownin?

El aludido movió la cabeza negativamente.

—Tampoco, Basil. Aquí todo está en orden.

Apenas terminó de hablar Lon Crownin cuando en su pantalla de control aparecieron unos trazos ominosos.

—¡Eh, un momento! —exclamó—. ¡Eso ya no es normal!

Basil le gritó preocupado:

—¿Qué sucede?

—Te lo diré en cuanto haya transmitido nuestra posición.

De acuerdo con las órdenes recibidas en la Base, el oficial de transmisiones y control dio cuenta de su situación, especificando las coordenadas de ésta. Luego, cumplida ya esta misión, indicó a su jefe:

—Alguien ha lanzado dos misiles contra nosotros.

—Es lo que suponía —replicó Basil, accionando los mandos para

efectuar un rápido viraje, en un ángulo de 90.º—. Estoy intentando darles esquinazo.

El copiloto se mordió el labio inferior sin decir palabra.

Al igual que sus camaradas, Stacy sabía que era poco menos que imposible esquivar a unos misiles con cabeza magnética.

Sólo un fallo en el proyectil o un milagro podían salvar a los tripulantes de la patrullera OBS-Planner-7.

Un fallo inconcebible o un milagro en el que nadie podía depositar la menor confianza.

El tiempo de los milagros había pasado desde hacía siglos.

Por eso mismo también, Lon Crownin continuaba transmitiendo las incidencias del ataque de que eran objeto.

—Los misiles han sido lanzados desde lejos… Probablemente desde el macizo de Haggar… Si no son interceptados y destruidos desde tierra resultaremos alcanzados… ¡No tenemos escapatoria!

Segundos después se producía una serie de interferencias y la transmisión quedaba interrumpida.

En la Base Afrika-5 ya no se recibió ningún otro comunicado procedente de la OBS-Planner-7. Tres patrulleras despegaron entonces para lanzarse en vuelo directo hacia la zona cuyas coordenadas les habían sido comunicadas. Su misión era la de tratar de destruir los misiles cuyo blanco era la OBS-Planner-7.

De pronto, el cielo pareció encenderse como si ardiese el sol.

Un horrísono fragor conmovió el sector.

El jefe de la escuadrilla de protección y de rescate exclamó furioso:

—¡La patrullera de Basil acaba de ser alcanzada!

Estaba en lo cierto.

La OBS-Planner-7 no había podido continuar eludiendo las cabezas magnéticas de los misiles y había sido alcanzada de lleno por éstos.

Los componentes de la escuadrilla ya sólo podían constatar el hecho de la destrucción de la patrullera. Y eso fue lo que hizo el comandante Reese, ordenando a continuación:

—Regresamos a la Base. Hay que informar al mando.

La escuadrilla efectuó un rápido viraje y emprendió el retorno a las instalaciones de la

en el Sahara, a la Base Afrika-5.

El resultado era ya sintomático: dos patrulleras habían sido aniquiladas por un enemigo cuya identidad real se desconocía, pero del que en el cuartel general se sospechaba que estaba en íntima ligazón con la SIC.

* * *

La expresión del rostro de Zahul reflejaba una estupidez ilimitada. Quizá contribuía a ello el casco con electrodos o el hecho de estar bien sujeto a lo que parecía una mesa de operaciones.

Uno de sus interrogadores examinó el electrocardiograma y verificó las preguntas formuladas cotejándolas con las respuestas obtenidas.

—Ya no cabe duda —murmuró—. Este hombre sabía que al informar al hombre del SIC estaba traicionándonos.

El otro interrogador hizo una mueca de desprecio y rezongó:

—Comunícaselo al general.

—Sí. Es lo que haré ahora mismo.

Y fue a instalarse ante el transmisor conectado directamente con el puesto de mando. El otro señaló a Zahul, preguntando:

—¿Qué hago con él?

—Espera un poco, el general decidirá su destino.

—Imagino que será condenado a extinción. Su delito es de los más graves que puede cometer un oficial de la JPC.

—Yo también lo creo así, pero el general tiene la última palabra.

Después de aquellas palabras, el interrogador estableció contacto con el puesto de mando. El rosto enjuto y severo de Bernú Gammel apareció en pantalla.

—¿A qué conclusión habéis llegado? —inquirió.

—Zahul es culpable, mi general. Nos traicionó a conciencia de lo que hacía. Por eso exigió una importante suma de Dolrubs a

condición de facilitar los datos que les interesaba saber a los del SIC.

—¿Habéis podido averiguar el nombre del agente enemigo con el que contactó ese cerdo de Zahul?

—Sí, mi general. Se trata de Kamoss, el ayudante del director de operaciones de la SIC, Sum Lyberteng.

El general frunció el ceño y musitó:

—Eso quiere decir que se trata de una operación al más alto nivel. Si interviene Lyberteng la cosa es más grave de lo que imaginábamos.

—Eso pienso yo también, mi general. Por eso seguimos reteniendo con vida a Zahul. Pudiera ser conveniente un careo con el tal Kamoss y…

—¡Bien hecho! —cortó el general—. Pero ahora hay que apoderarse de ese condenado ayudante de Lyberteng.

Una sonrisa asomó a los labios del interrogador.

—En cuanto supe su nombre me tomé la libertad de ordenar que fuese vigilado estrechamente. Podemos arrestarlo en cuanto usted lo ordene, mi general.

—¡Ahora mismo! —exclamó Bernú Gammel, que añadió—: Y en cuanto lo tenga en su poder comience a interrogarle. Dirija sus preguntas a dos puntos muy concretos: qué se propone hacer el SIC y cuáles son los medios que van a utilizar.

—A la orden, mi general.

El interrogador cortó la comunicación para proceder a cumplimentar la orden de Bernú Gammel. Éste, al quedar solo en el puesto de mando, se acarició la barba en un gesto instintivo que delataba su ensimismamiento. Ante él tenía el informe recién recibido de la Base Afrika-5.

—El oficial de transmisiones de la OBS-Planner-7 señaló como posible zona de lanzamiento el macizo de Haggar. Será cuestión de efectuar un amplio y detallado reconocimiento de ese territorio.

El general volvió al transmisor, pero esta vez para ordenar al jefe de la Base Afrika-5 que enviase un destacamento al macizo de Haggar.

—Quiero saber —dijo—, qué está sucediendo allí.

—Sí, mi general. Lo sabrá.

Una vez hubo puesto en marcha el mecanismo de defensa en aquel sector, sobre el que parecía pesar una amenaza, Bernú Gammel requirió la presencia del capitán Cormahn.

El general le puso al corriente de lo ocurrido, para decirle a continuación:

—Tengo una misión especial para usted.

—¿Qué he de hacer, mi general?

Bernú Gammel sonrió al oír aquella respuesta. Era la que correspondía a un buen oficial. Sólo pedía una orden para cumplirla. Sin restricciones.

—Tomará el mando de una escuadrilla para efectuar un reconocimiento en nuestras bases del exterior.

—¿Hasta dónde he de llegar?

—No lo sé con exactitud, capitán. Eso lo dejo a su iniciativa. Despegue cuanto antes y explore nuestro sistema solar en busca de algún indicio. Mantenga el contacto continuamente con el puesto de mando por si he de darle alguna orden específica, pero actúe con plena independencia.

—A sus órdenes, mi general.

Cormahn saludó militarmente y abandonó el puesto de mando para seleccionar a los componentes de la escuadrilla con la que procedería a explorar el sistema solar. Todavía ignoraba qué iba a buscar y saldría a ciegas, pero confiaba en que no tardaría en descubrir qué era lo que se estaba «cociendo» por los gerifaltes de la *Spacial Industries Consolidated.*

9

La órbita de Saturno había quedado atrás y el tamaño aparente del sol se reducía vertiginosamente.

Varios asteroides de mediano tamaño aparecieron en pantalla, pero no podían producir la menor alarma. Todos ellos figuraban en los mapas del sistema solar y estaban más que controlados. Incluso algunos, dadas sus características específicas, estaban siendo utilizados como bases de reaprovisionamiento, centros de reparación y estacionamientos de descanso para las tripulaciones.

El capitán Han Sking no se entretuvo en observar los asteroides. Para él y los tripulantes de su astronave carecían de interés. Por lo que se les había dicho antes de ser propulsados desde la Base Lunar eran otros sus objetivos.

«¿Qué será con exactitud lo que pretende el mando que encontremos? —se preguntó a sí mismo Han Sking. Y torciendo el gesto añadió—: Tengo la impresión de que ni Cormahn ni tampoco el propio general saben a qué atenerse. En fin —agregó encogiéndose de hombros—: Lo que sea sonará».

De pronto, el oficial dejó a un lado sus cavilaciones. El ergómetro estaba captando señales procedentes del exterior.

—¡Atención, control! —gritó llamando la atención del resto de la tripulación—. Hay señales energéticas en el sector de

ZD-327

.

Al instante se pusieron en marcha los dispositivos de alarma y los defensivos, por si había que repeler un intento de agresión.

Han Sking consultó con el oficial controlador de la nave.

—¿Puedes localizar qué motiva esas interferencias?

—Desde luego se están produciendo en el exterior, pero aún no sé con exactitud a qué atenerme. No hay ninguna ergografía que proporcione ni el menor detalle. Sólo obtengo líneas difusas…

El capitán Sking llamó la atención de su oficial de transmisiones.

—¿Permaneces en contacto con la astronave del capitán Cormahn?

—Sí, claro.

—¿Le has transmitido nuestra posición?

—Eso es, precisamente, lo que estoy haciendo.

—Bien. Pide instrucciones.

El oficial de transmisiones correspondió con un gruñido de asentimiento a aquella orden y terminó de emitir su mensaje.

—Ahora sólo tenemos que esperar a ver qué decide el capitán Cormahn. Por algo es el jefe de la expedición.

Transcurrieron unos minutos sin obtener ninguna respuesta.

—¿Qué dice Cormahn? —inquirió el capitán Sking.

—Todavía nada.

—¡Insiste, coño! ¡No podemos estar así, de brazos cruzados y sin saber a qué atenernos!

—Volveré a intentarlo.

El transmisor de la astronave volvió a funcionar, pero la emisión se cortó para dar entrada a un mensaje prioritario. El oficial lo transcribió y comunicó a su jefe.

—El capitán Cormahn ordena que permanezcamos a la expectativa y mantengamos el contacto para conocer cualquier detalle o incidencia que se produzca.

—¡El muy bastardo! —bramó Sking—. Quiere que sirvamos de cebo mientras él se está quietecito para ver cómo nos hacen puré.

—¿Qué hacemos, Han? —preguntó el copiloto, muy inquieto.

La pregunta quedó sin respuesta.

El oficial de control acababa de gritar alarmado:

—¡Trayectorias de misiles en pantalla!

El transmisor dio cuenta de la incidencia mientras Sking vociferaba:

—¡Preguntad ahora a ese hijo de mala madre qué quiere que hagamos!

El oficial de transmisiones lo estaba haciendo ya, por propia iniciativa, esperando con ansiedad la respuesta del jefe de la escuadrilla.

El hombre sudaba a mares oyendo como el controlador iba señalando las trayectorias de aproximación de los misiles.

—Si continuamos así —barbotó Sking— harán blanco en nosotros. ¿Se lo has dicho a ese hijo de perra?

—Claro que se lo he dicho.

—¿Y qué responde él?

—Nada… Está callado como un muerto.

—Los muertos seremos nosotros. ¡Maldito sea!

—Parece como si entre ellos y nosotros se hubiese roto la conexión.

—¿Qué?

—Lo que oye, Sking. No hay ninguna señal, ni tan siquiera el acuse de recibo de la comunicación.

—¡Prueba por otro canal, estúpido!

—Pero si ya los he probado todos.

El capitán Sking frunció el ceño y murmuró entre dientes:

—¿Será posible que esas condenadas interferencias nos hayan incomunicado con el resto de la escuadrilla?… Si es así…

Han Sking dejó la frase en suspenso y miró preocupado a la pantalla de control, en la que podían apreciarse, nítidamente ahora, las trayectorias de los misiles lanzados contra su nave.

Exclamó:

—¡Acabarán convirtiéndonos en polvo galáctico!

A pesar de que aquélla era la conclusión lógica a que podía llegarse, Han Sking no se resignó a su suerte. Manipuló los mandos y el servo-control. Trató de imprimir a la astronave una mayor velocidad para variar la trayectoria y salirse de la que seguían los misiles.

El intento resultó infructuoso.

Las cabezas magnéticas de los misiles se desviaron de ruta para ir tras la nave terrestre.

El impacto no tardó en producirse.

Fatal e inexorable.

La aniquilación de la astronave se consumó en un tiempo de segundos.

Y, tal como había predicho el capitán Han Sking, la nave, él y sus tripulantes se convirtieron en polvo galáctico.

* * *

La tremenda deflagración espacial quedó registrada en los ergógrafos de las astronaves que constituían la escuadrilla.

Miklos Cormahn quedó consternado al constatar aquel resultado.

—Con ésta son ya tres las naves que han destruido esos canallas de la
SIC
… ¿Por qué? ¿Qué se proponen con ello?

Una idea, que le pareció de lo más absurdo, empezó a germinar en su mente. Una idea que, sin embargo, tenía ciertos visos de probabilidad.

Sin apartar sus ojos de la pantalla del ergómetro, Miklos Cormahn trató de reunir sus pensamientos para dar cuerpo a la teoría que estaba formulando.

—Las primeras investigaciones nos han llevado al Sahara y cabe suponer que hay una Base de lanzamiento de misiles en el macizo de Haggar. Este descubrimiento nos ha costado dos patrulleras.

—Ahora, cuando hemos salido al exterior —añadió en su soliloquio—, tropezamos de nuevo con una Base desde la que se nos ataca con misiles, como si los de la
SIC
estuvieran interesados en que nadie investigase en las fronteras de nuestro sistema solar. ¿A qué puede deberse ese afán de impedir que averigüemos qué está sucediendo tan lejos de la Tierra?

El capitán Cormahn no encontraba una respuesta plausible a sus preguntas. Estaba condicionado por el desconocimiento del objetivo real que perseguía el enemigo. Era igual que pegar palos de ciego.

En vista de ello, Miklos transmitió una orden al resto de los componentes de la escuadrilla.

—Atención todos —anunció—. Se cancela el vuelo de exploración.

Uno de los capitanes le interpeló con tono acerbo:

—¿Vamos a dejar impune la muerte de Sking y sus hombres?

—Claro que no —replicó Cormahn—, pero ahora, desgraciadamente, no podemos hacer nada. Ignoramos con quién hemos de habérnoslas.

El jefe de la escuadrilla no necesitaba ser un lince para adivinar que sus palabras no habían satisfecho a los pilotos de las otras naves, pero se mantuvo en sus trece, y añadió:

—Las naves se situarán en asteroides de descanso del grupo

jupiteriano, formando un amplio abanico para poder cubrir una zona, lo más amplia posible, en caso de necesidad. A bordo se establecerán los oportunos servicios de vigilancia a fin de detectar cualquier anormalidad que se produzca mientras regreso a la Tierra, informó al general y se nos dan nuevas órdenes.

Una vez hubo recibido la respuesta afirmativa de los comandantes de las astronaves, y éstos se dirigieron a los asteroides indicados, el capitán Cormahn describió un rápido viraje.

Miklos regresaba ya a la Tierra para dar cuenta al general de la pérdida de una astronave y en qué circunstancias se había producido ésta.

—Imagino que no le hará ni pizca de gracia —rezongó malhumorado—. Sobre todo al no saber aún a qué atenerse respecto a qué proyectan esos cerdos de la SIC. En fin, él es el jefe y a él le toca decidir.

Con una mueca de amargura en los labios, Miklos Cormahn enfiló la proa de su nave hacia la Base lunar, de la que pasaría después al puesto de mando de la JPC.

10

La amplia sala de reuniones se hallaba ocupada por los científicos más destacados del planeta Tierra. El ambiente era tenso y expectante. Los allí convocados permanecían silenciosos escuchando al general Gammel, que les ponía al corriente de la pérdida de tres de sus unidades: dos patrulleras terrestres y una nave interplanetaria.

—Todo indica —resumió el general— que el enemigo opera lo mismo en la superficie terrestre que en el exterior del planeta. Lo que nos falta es averiguar el motivo de esos actos para responder a tales golpes y, sobre todo, para anticiparnos a cualquier otra acción bélica.

Antes de que el general pudiese añadir palabra, una llamada del centro de transmisiones de la JPC informó de la existencia de una grave anomalía en el espacio exterior.

Bernú Gammel exigió que el oficial compareciese de inmediato ante él y los presentes.

El hombre obedeció sin demora y dijo:

—El observatorio de Plutón acaba de comunicar la irrupción de un asteroide de tamaño considerable en nuestro sistema.

—¿No había sido detectado con anterioridad? —inquirió Thor Heyerson, experto en astronáutica.

—Sí, claro, pero entonces no constituía ningún peligro.

—¿Y ahora sí?

El oficial asintió con gesto grave, diciendo a continuación:

—Cuando se descubrió ese asteroide hubo un conato de alarma. Estaba en ruta de colisión con la Tierra, pero luego su trayectoria fue alterándose dejando de constituir un peligro para los planetas de nuestro sistema.

—¿Quiere decir con eso que el peligro subsiste? —insistió Heyerson.

—En efecto.

—¿A pesar de no estar en ruta de colisión?

El oficial tragó saliva antes de responder.

—Es que ha vuelto a variar y se halla nuevamente en la trayectoria inicial, aunque lo malo no es eso.

—¿Qué lo es, entonces? —terció el general claramente preocupado.

—Pues…, que esa desviación no es fortuita. ¡Ha sido provocada!

—¿Cómo? —exclamó el general levantándose como impulsado por un resorte—. ¿Qué quiere decir con eso, oficial?

—La verdad, mi general.

—Explíquese.

El oficial carraspeó y luego dijo:

—Nuestros detectores de Plutón han registrado varios impactos en la superficie del asteroide, como si unos misiles hubiesen hecho blanco en él, provocando la nueva variación en su trayectoria.

El general Gammel miró con dureza a los científicos y murmuró:

—Antes les dije que existía un enemigo, que éste había aniquilado tres unidades de la
JPC
, y que ignorábamos los motivos. Ahora sabemos algo más, que quien sea, trata de provocar la colisión de un asteroide con la Tierra. Pero continuamos a oscuras respecto a las motivaciones reales de este asunto.

Bernú Gammel paseó su mirada por los rostros de los presentes y preguntó:

—¿Alguien tiene una idea?

—Sería preciso conocer las características de ese asteroide. Tal vez en su naturaleza esté la explicación. Yo me inclino a pensar —indicó Heyerson— que debe tratarse de un conjunto de minerales extremadamente valiosos. De ahí que alguien se halle interesado en dirigirlo a un lugar donde le resulte fácil su explotación.

—Eso explicaría —siguió diciendo el experto en astronáutica— la existencia de una Base secreta en el macizo de Haggar, tan próxima al Sahara, y también que no les haga gracia que se hagan investigaciones en el exterior, lo que llevaría a descubrir de qué

manera se está propulsando el asteroide contra nuestro mundo.

El general miró con recelo al científico.

—Sin embargo, si eso es cierto…, la colisión de un asteroide de tamaño considerable podría resultar fatal para la Tierra.

—En efecto, general. Equivaldría a una catástrofe global, semejante a los resultados de una guerra nuclear. La atmósfera se contaminaría con polvo y cenizas aunque no llegara a producirse una lluvia radioactiva.

—¿Y no hay medio de evitar sea colisión?

—Claro que lo hay. Sabiendo ya, qué se propone el enemigo, podemos intervenir utilizando cargas nucleares que contrarresten las utilizadas por el adversario.

—¡Un momento! —exclamó el general, dándose una palmada en la frente—. Tenemos informes de que algunos especialistas de la SIC han sido enviaos a la zona del Sahara provistos de trajes antitérmicos.

—Contra el calor, supongo —indicó Klu Weymoth, un genio en Biotecnia y especialista en Clonación.

El general respondió con una mueca y movió la cabeza, negativamente.

—Se equivoca, Klu. Esos trajes han sido concebidos a propósito para combatir el frío.

—¡Pero eso es totalmente absurdo! —exclamó otro de los presentes—. ¡Frío en las zonas próximas al Sahara…!

—No tan absurdo, caballeros —terció Thor Heyerson—, si consideramos la posibilidad de que se produzca la colisión de un asteroide de buen tamaño con nuestro planeta.

—¿Quiere decir que puede haber una relación entre el frío en una zona cálida y esa dichosa colisión? —inquirió el general, cejijunto.

Thor Heyerson sonrió igual que lo haría un maestro ante la pregunta ingenua de un colegial. Y, encogiéndose de hombros, respondió:

—Cualquiera de los aquí presentes sabe, a excepción de usted por lo visto, que una detonación del orden de diez mil megatones haría cambiar el clima terrestre de tal forma que las posibilidades de supervivencia humana serían más que dudosas, a menos de estar

preparados para ello…, y aun así no se tendría una certeza de conseguir salvarse.

—¿Por qué?

—Ascendería tanto polvo y cenizas de los incendios a la estratosfera que el sol quedaría oscurecido durante meses.

—¿Serían polvo y cenizas radiactivas?

—Imagino que no, pero lo que acabo de apuntar supondría para gran parte del planeta tal grado de congelación, que las especies y formas de vida sobrevivientes a las explosiones iniciales acabarían por extinguirse. Sería la aparición de un súbito período glacial. ¡El viento nuclear!

Un silencio tan gélido como el panorama planteado por Heyerson invadió entonces la sala.

Los científicos se miraron unos a otros, calibrando la magnitud de la catástrofe que amenazaba a la Tierra. Una amenaza procedente del cielo.

El general emitió un gruñido, rompiendo aquel ominoso silencio. Paseó su mirada inquisitiva por los restos de los allí reunidos y, dirigiéndose especialmente a Thor Heyerson, preguntó:

—¿Qué podemos hacer, caballeros? ¿Se les ocurre alguna medida para contrarrestar tal hecatombe?

El científico murmuró:

—Ya se lo dije antes, general. Lo único que podemos intentar es tratar de desviar la trayectoria de ese asteroide.

—¿Cómo?

—Utilizando para ello cargas nucleares que impacten en su superficie de modo que la varíen, pero…

Heyerson hizo una pausa, que interrumpió vehemente el general.

—¿Pero qué? ¡Termine de una vez!

El científico se encogió de hombros. Su gesto tenía mucho de resignado y de fatalista.

—El enemigo ya está actuando —dijo—. Es lógico suponer que lo tenga todo previsto. Incluso nuestra posible intervención.

—¿Quiere decir que debemos resignarnos ante un hecho inevitable?

—No, claro que no.

—¿Entonces…?

—Nosotros tenemos que partir de cero e improvisarlo todo, al par que debemos ganar tiempo. Ellos, en cambio, nos llevan mucha ventaja, puesto que ya están actuando. No sé si conseguiremos salir airosos del empeño.

—¿Tenemos alguna otra opción?

—No, general. Me temo que no tenemos ninguna más.

Una sonrisa irónica asomó a los labios de Heyerson, al añadir:

—Como dicen ustedes, los militares, hay que luchar y vencer…, o morir en el intento.

Bernú Gammel asintió con un gruñido y dio por cancelada la reunión.

Los científicos comenzaron a desfilar hacia la puerta de la sala, pero el general le pidió a Heyerson que se quedara.

—Necesito aclarar con usted varias cosas —le dijo en un aparte.

—Estoy a sus órdenes, general.

Los demás se fueron mientras que el científico y el jefe supremo de la
JPC
se quedaban solos para discutir qué medidas podían tomarse a fin de evitar que la Tierra sucumbiese a la amenaza del cielo.

* * *

—¿Estás seguro de que únicamente se quedó ese Heyerson con el general?

—Sí, señor director. Todos los demás se fueron de la sala de reuniones. Sum Lyberteng quedó meditabundo. Luego miró al hombre que estaba erguido ante él y que reemplazaba a su ayudante Kamoss, desde que éste desapareciera como si se lo hubiese tragado la tierra.

«La ausencia de Kamoss es preocupante —se decía a sí mismo el director de operaciones de la
SIC
—. Sabe demasiadas cosas de mis proyectos y *modus operandi*, pero muy en particular respecto al asunto del asteroide. Aunque quizá lo más desagradable sea el hecho de que en momentos tan difíciles no pueda contar con un colaborador como él, de lealtad y eficacia

demostradas. Y eso sucede justo cuando más lo necesito».

Lyberteng clavó sus ojos de águila en los del subordinado, valorando las posibilidades de éste.

«Sé que de Kamoss podía fiarme por completo, pero de éste… En fin, no me queda otro remedio que ponerlo a prueba ahora, aunque se trate de un asunto de tanta envergadura. No me gusta la idea, pero debo apechugar con ello».

El director de operaciones mantuvo su mirada inquisitiva fija en el rostro de Rij Vivekandaj, acechando cuáles podían ser las reacciones de éste a medida que él fuese hablando. Y lo hizo despacio, para que todas y cada una de sus palabras se interpretasen debidamente, sin dar cabida a ningún error.

—Ese Thor Heyerson —dijo—, constituye un serio peligro para nuestra organización.

El nuevo ayudante ni siquiera pestañeó.

—Por eso —siguió diciendo Lyberteng— es de todo punto imprescindible impedir que colabore con el general Gammel estorbando nuestros planes.

Rij Vivekandaj reaccionó entonces para, con toda frialdad, preguntar:

—¿Hay que matarlo?

El director de operaciones sonrió. Comprendió que se las había con un hombre ambicioso y sin escrúpulos. Eso le satisfizo.

—No es preciso llegar a tanto, Rij —explicó—. No podemos descartar la posibilidad de necesitar más adelante de sus servicios. Hay que tener en cuenta que, en su campo, Heyerson está considerado como una eminencia.

—Lo que usted ordene, director.

—Por el momento —añadió Sum Lyberteng—, nos limitaremos a evitar que ese hombre colabore con el general, poniéndolo fuera del alcance de éste.

—¿Secuestrándolo?

Sum volvió a sonreír, pero respondió en tono grave:

—Digamos, mejor, que vamos a proporcionarle un descanso, que tiene muy merecido…, y en un lugar sólo conocido por nosotros.

El nuevo ayudante se permitió esta vez el lujo de una sonrisa. Había captado la onda e, inclinando la cabeza, inquirió:

—¿Tiene elegido el sitio, director?

—Sí, claro.

—¿A dónde habré de llevar a ese Heyerson?

—Me parece que nuestra base de Haggar es, por el momento, el sitio más oportuno.

—Perfectamente, director.

Rij Vivekandaj, el reemplazante del fiel Kamoss, hizo chocar los tacones de sus botas, en un gesto lleno de marcialidad. Con el mismo estilo puso la palma de su mano derecha sobre el corazón y, tras dar media vuelta, abandonó el despacho del director de operaciones, para ejecutar inmediatamente la orden que acababa de recibir.

La misión de secuestrar a Thor Heyerson.

11

Miklos había estado la noche anterior en el centro de investigación de la JPC. Al filo de la madrugada acusó el cansancio de la dura y prolongada jornada y dejó que dos de los especialistas continuasen interrogando a Kamoss, mientras él se iba a descansar.

Antes de marchar, sin embargo, recomendó a los especialistas que si lograban que el prisionero les proporcionara algún dato, por insignificante que fuese, le avisaran de inmediato.

Tranquilizado a este respecto, el capitán Cormahn se dirigió al alojamiento de Nadia. Había deseado que ella estuviese profundamente dormida porque se sentía exhausto por las tensiones soportadas desde hacía un par de días. La resistencia ofrecida por Kamoss a sus interrogadores le tenía desconcertado.

«Claro que si un hombre normal hubiera desembuchado —pensó para sí—, nos las hemos con alguien que no tiene nada de normal. Ese maldito ayudante de Lyberteng ha sido perfectamente entrenado. Por eso se mantiene aún en sus trece y no da el brazo a torcer».

Todavía pensaba en Kamoss cuando entró, despacio, en la alcoba de Nadia. Él deseaba acostarse en silencio y dormir tranquilamente, por lo menos unas cuantas horas. Pero encontró a la mujer en la cama, totalmente despierta, perfumada y desnuda bajo el cobertor.

—Pensé que estarías dormida…

—Te presentía, querido.

Nadia le tendió los brazos en un gesto incitante. Miklos se apresuró a refugiarse en ellos, besándola apasionado y acariciando la carne tersa, dura y aterciopelada, que se le ofrecía como fruta en sazón.

La mujer no necesitó esforzarse demasiado para hacerle vibrar.

Miklos reaccionó viril, con su acostumbrada fogosidad, haciéndola suya una vez más.

Él sintió una y otra vez el gozoso estremecimiento de su cuerpo, hasta alcanzar la plenitud final, en el mismo umbral de la fatiga y del placer.

Luego, el capitán quedó profundamente dormido.

Relajado.

Hasta que sonó el zumbador del intercomunicador.

Despierto sólo a medias, Miklos respondió a la llamada.

—¿Es usted, capitán Cormahn? —insistió el especialista.

—Sí. ¿Qué sucede? —inquirió Cormahn, despierto ya por completo.

—Es respecto a Kamoss, capitán.

—¿Ha hablado?

—Muy poco, pero creo que sus palabras son bastante significativas. En fin, usted juzgará.

—Bien hable.

—Parece ser que los gerifaltes de la

SIC

se han propuesto hacer colisionar un asteroide con la Tierra y…

—¡Eso ya lo sabemos! —cortó tajante Cormahn—. ¿Ha dicho algo más?

—Sí, capitán. También tienen previsto eliminar a los científicos que consideren un obstáculo para sus planes.

—¿Utilizó la palabra eliminar?

—Sí, capitán. Sin embargo, dudo de que se tratase de dar muerte a esos científicos.

—¿En qué se basa para creerlo así?

—En que mencionó la base de Haggar como el sitio idóneo para retener contra su voluntad, prisioneros, a los científicos en cuestión.

—¿Estás seguro de que mencionó la base de Haggar?

—Completamente, capitán.

—Bien, en ese caso, continúen interrogando a Kamoss por si añade algún dato más. Una vez ha entrado en la vía de las confidencias hacer que continúe por ella no será tan difícil.

Cormahn oyó un leve carraspeo. Y preguntó:

—¿Duda de que siga hablando?

—No, capitán. Estoy seguro de que ya no podrá hacerlo. Es

imposible.

—¿Imposible? —repitió Miklos—. ¿Y eso por qué?

—Porque ha muerto, capitán.

Miklos soltó un exabrupto y estuvo a punto de estrellar el intercomunicador contra el suelo.

—¿Cómo ha sido eso?

—No lo sé a ciencia cierta, capitán.

—¿Llevaba algo encima?

—No somos aprendices, capitán. En el mismo momento en que entró en el centro fue examinado a través de la pantalla de detección. No tenía nada letal encima. Se lo aseguro.

—¡Y sin embargo con su muerte se nos ha escapado de entre las manos! ¡Y ni tan siquiera sabemos cómo lo ha conseguido!

—¡Ejem, capitán! —carraspeó el especialista—. A la vista de lo ocurrido he pensado que quizás estaba programado para ello.

—¿Programado? —repitió Cormahn asombrado—. ¡Está usted hablando de un ser humano, no de un robot!

—Bueno, quizás ésa no sea la palabra exacta, pero en cierto sentido refleja mi idea. Lo que yo quise decir es que el prisionero tenía condicionada la mente de tal manera que se autodestruyese en el caso de convertirse en traidor a su organización, a sus jefes.

—¡Maldito sea! —explotó el capitán al asimilar aquellos conceptos como los más plausibles—. ¡El muy cerdo nos ha dejado con la miel en los labios justo cuando podía habernos descubierto toda la trama!

El especialista intervino a continuación.

—¿Qué hacemos ahora con el cadáver de Kamoss?

Cormahn no lo pensó demasiado.

—Si los de la

SIC

encontrasen en el cuerpo señales de que había sido interrogado es fácil suponer que pensarían que Kamoss había hablado más de la cuenta. Eso podría ser perjudicial para nuestros propósitos.

—¿En qué podría perjudicarnos, capitán?

—En la forma más tonta e inoportuna. Nos sorprenderían precipitando los acontecimientos y tal vez, incluso, el final.

—¿Qué hacemos entonces, capitán?

—Dejar que las cosas sigan igual.

—Sus sospechas pueden provocar también ese mismo resultado.

—No. O quizá sí, pero de todos modos hemos de correr el albur. Y tenga en cuenta que una cosa es sospechar y otra muy distinta tener una certeza, aunque ésta sea relativa.

—¿Entonces…?

—Hagan desaparecer el cadáver y todo rastro de Kamoss. Lo mejor será incinerarlo y poner a buen recaudo a los voluntarios que participaron en su encarcelamiento.

—Conforme, capitán.

El especialista hizo una breve pausa. Luego preguntó:

—¿Se encargará usted mismo de informar al general?

—Sí. No se preocupe por eso.

—Bien, entonces… ¡Hasta otra, capitán, y que tenga suerte!

—Gracias, amigo. La voy a necesitar.

Miklos Cormahn cortó la comunicación con el centro de investigación de la JPC y empezó a vestirse.

Su expresión reconcentrada era de un pésimo augurio.

Nadia llamó su atención con un leve carraspeo. Había escuchado la conversación de Miklos con el especialista y, conociéndole, suponía ya lo que pretendería hacer el capitán.

«O mucho me equivoco o Miklos querrá ir a esa condenada base de Haggar para investigar a fondo. Pero ahora tendrá que jugárselo todo a una carta…, y yo no quiero dejarle. ¡No se irá sin mí!».

El capitán se volvió hacia ella y forzó una sonrisa.

—Vamos a tener que separarnos otra vez, querida —le dijo.

Ella movió negativamente la cabeza.

—De eso nada —replicó la mujer—. Esta vez iré contigo, pase lo que pase.

—El general no lo permitirá.

—Busca un pretexto… No sé, que tal vez pueda identificar a alguien. Lo que se te ocurra, pero no te dejaré ir solo.

Miklos la miró con fijeza.

El capitán se daba cuenta de que Nadia tenía razón. Aquél podía ser quizás el último adiós.

Y tomó la decisión de llevarla con él.

12

El sol estaba en su cénit cuando la patrullera, tripulada por Cormahn, enfiló su proa hacia el macizo de Haggar.

En vuelo rasante, para dificultar su localización por parte del enemigo, el capitán comenzó a explorar las primeras estribaciones.

Lenta y metódicamente.

De pronto, algo, en la superficie, llamó su atención.

Miklos evolucionó por la zona en busca de un sitio propicio para aterrizar. Sentía la apremiante necesidad de examinar, de cerca, aquello que había despertado su instinto de cazador.

En cuanto divisó una pequeña explanada situada entre formaciones de rocas volcánicas, el capitán inclinó el morro de la patrullera y se dispuso a tomar tierra.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Nadia al verle realizar semejante maniobra—. ¡Pero si esto parece un desierto! —añadió al fijarse en el desolado paisaje.

Cormahn sonrió forzadamente.

—Todavía nos falta bastante para llegar a nuestro objetivo y si aterrizo en este desierto es porque he visto algo que deseo examinar.

—Lo que tú digas…, capitán —contestó ella con un mohín cariñoso, y parodiando el saludo militar.

Miklos contestó con un gruñido mientras hacía funcionar los amortiguadores de velocidad, que frenaron la patrullera.

La nave quedó así inmovilizada en la explanada avistada antes.

Cormahn se levantó y dejó el puesto de pilotaje para pulsar el interruptor que accionaba la compuerta. Empuñó luego su pistola láser y salió al exterior.

El aire era caliginoso, denso, sofocante, casi irrespirable.

Miklos caminó un corto trecho hasta encontrar lo que antes llamara su atención: huellas de vehículos-oruga, claramente

marcadas en el blando suelo, y que el viento del desierto no había borrado aún.

El oficial hincó una rodilla en tierra y examinó con cuidado las huellas. Luego murmuró ensimismado:

—Una columna mecanizada ha pasado recientemente por aquí y debía transportar algo muy pesado.

El oficial de la
JPC
frunció el entrecejo.

—Debían de trasladar pertrechos y material bélico.

Con gesto instintivo, Miklos alzó la mirada para ver cuál era la dirección que, por las huellas dejadas en el suelo, había seguido la columna.

—Van hacia la zona más abrupta del macizo. Eso quiere decir que los de la
SIC
aterrizaron en el llano y que después han efectuado el traslado hacia el lugar en donde deben haber establecido su base de operaciones. Y ésta no puede encontrarse muy lejos de aquí. Por eso pudieron destruir las patrulleras de la Base Afrika-5.

—Sólo tengo que seguir esas huellas —añadió para sí— y descubriré dónde se halla esa maldita base.

Entonces, una vez localizada…, ¡nada ni nadie nos impedirá aniquilar a esa gentuza!

Convencido de que estaba en lo cierto, Miklos Cormahn regresó a la patrullera donde le aguardaba Nadia, nerviosa e inquieta.

—¿Encontraste lo que buscabas? —le preguntó al verle entrar en la patrullera.

—Sí, querida. Lo encontré.

Luego, antes de que ella pudiese hacer el menor comentario, Miklos se instaló ante el transmisor y llamó a la central de la
JPC
.

—Al habla el capitán Cormahn. Reclamo conexión prioritaria y urgente con el general Gammel.

—Identifíquese, capitán —le exigió el oficial de transmisiones.

—Eme, ce, cero, diecisiete. Repito, central: eme, ce, cero, diecisiete.

Transcurrieron unos instantes. Los precisos para comprobar la

cifra clave que correspondía a Miklos. Luego éste recibió la respuesta.

—Identificación positiva, capitán. Le pongo en conexión con el general.

Unos segundos después. Miklos hablaba ya con su superior, informándole del hallazgo de las huellas de la columna, de su posición en aquel momento, y notificándole también su intención de seguir aquéllas para descubrir el emplazamiento de la base enemiga.

—Tal vez fuese mejor que esperase refuerzos, capitán.

—Me temo que no estemos en condiciones de permitirnos ese lujo, mi general. Creo que el tiempo corre en contra nuestra y que no hay ni un minuto que perder. Me permito recordarle lo que dijo Heyerson…

—Está bien. Obre del modo que crea más conveniente, según su criterio —accedió a regañadientes Bernú Gammel—, pero vaya solo. Deje a la mujer en la patrullera.

—Lo intentaré, mi general.

—No me basta con que lo intente, Cormahn. Le exijo que cumpla mis órdenes. ¡Y no admito excusas!

—Lo que usted mande, mi general.

—Bien, eso está mejor.

Y, como a regañadientes, Bernú Gammel, le deseó:

—Buena suerte, Cormahn.

—Gracias, mi general.

Miklos cortó el contacto con la central de transmisiones de la JPC y, seguro ya de que conocida su posición y lo que intentaba llevar a cabo, estaría respaldado en caso de necesidad, se volvió hacia Nadia para despedirse de ésta.

Ella, como si adivinase lo que iba a decirle, movió la cabeza negativamente y habló con energía.

—No te molestes en tratar de convencerme para que me quede aquí.

—Lo ordena el general.

—Si quieres que te diga por donde me paso yo sus órdenes…

—¡Nadia!

—¡Ni Nadia ni narices! —exclamó ella vehemente—. Yo no soy

militar y no estoy obligada a obedecerte.

—Pero es que…, tienes que comprenderlo, mujer…

—Lo único que yo comprendo es que no será ahora cuando nos separe tu general. Lo tengo muy claro. Lo que haya de ser uno…, bien, pues que lo sea de los dos. Y al que no le guste…, ¡qué se chinche!

Miklos la miró a los ojos y vio tal decisión en éstos que no trató de seguir insistiendo.

—De acuerdo -aceptó—. Iremos juntos.

—¡Así se habla, Miklos!

El capitán correspondió con un gruñido y eligió el equipo que llevarían en aquella marcha a través de un terreno tan abrupto como el que habían de recorrer. Luego, la pareja abandonó la patrullera para adentrarse en las estribaciones rocosas del macizo de Haggar.

Bajo el peso del equipo que llevaban a cuestas, los cuerpos de ambos transpiraban por todos los poros de su piel.

El calor continuaba siendo intenso y sofocante.

Miklos, que se daba cuenta de lo fatigosa que resultaba aquella marcha para la mujer, se arrepentía ya de haber cedido dejándola ir con él.

También Nadia lo lamentaba, aunque por motivos distintos. Se reprochaba el ser un estorbo para Miklos, obligándole a retrasarse para no dejarla atrás, rezagada.

Sofocada y jadeante, Nadia sacó fuerzas de flaqueza y acomodó su paso al de él, luego de alcanzarle, con lo que sorprendió al hombre que no esperaba tal capacidad de resistencia.

De todos modos, Miklos consideró que ella estaba llegando a un límite extremo, al borde de la extenuación.

—Vamos a descansar un poco —murmuró el capitán.

—Si lo haces por mí… —empezó a decir Nadia.

—Por ti y por mí —atajó él, mirando en torno suyo. Señaló hacia delante y añadió—: Aquellas rocas son lo suficientemente altas como para protegernos con su sombra. Descansaremos ahí hasta que afloje el calor. Reanudaremos la marcha al atardecer. Una vez refresque y estemos algo descansados, marcharemos a mayor velocidad que si lo hacemos ahora.

—Lo que tú digas.

La verdad es que Nadia no se hizo de rogar y siguió al oficial hasta el grupo de rocas elegido por éste. Miklos se sentó apoyando la espalda en la roca más alta, de forma que la sombra que ésta proyectaba les arropase y protegiera.

Nadia se acurrucó entre los brazos del hombre y apoyó su cara en el pecho viril, para cerrar luego los ojos y dormirse en un santiamén.

El capitán sonrió al escuchar la suave respiración de ella.

Susurró:

—¡Qué animosa es!…

Con gesto impregnado de ternura, Miklos acarició el rostro de la mujer. Después fue deslizándose a lo largo de la superficie rocosa hasta quedar tendido en el suelo. Y se durmió a su vez.

* * *

Una opresiva sensación de peligro despertó a Miklos. Abrió los ojos y lo primero que vio fue los fusiles láser que le estaban apuntando.

—¡Vaya, al fin despertó el valiente capitán! —exclamó sarcástico el jefe de aquellos hombres, que vestían el uniforme de las fuerzas de seguridad de la *Spacial Industries Consolidated*.

El tipo se volvió hacia uno de los componentes de la patrulla, con cara de perro pachón, y le ordenó:

—Despierta a la mujer, Kohol.

Una mueca cruel curvó los gruesos labios del patrullero, que sin esperar a más propinó un par de fuentes puntapiés en el costado de Nadia.

Ella dejó escapar un gemido de dolor y abrió los ojos de par en par.

Desconcertada y aturdida, la mujer miró en torno suyo, viendo que Miklos estaba siendo esposado con las manos a la espalda.

La situación de ambos resultaba, pues, de lo más crítica.

Habían sido hechos prisioneros por el enemigo y estaban a su merced.

La voz áspera de Twan-Lih, el jefe de la patrulla de vigilancia, cortó el hilo de los pensamientos de Nadia.

—¡En pie los dos!

Miklos no podía hacer nada para ayudar a su compañera. No sólo estaba maniatado, sino que además otro de los patrulleros mantenía apoyado sobre su vientre el cañón del fusil láser.

Sin necesidad de que se lo advirtiesen, el capitán Cormahn era consciente de que un movimiento sospechoso por su parte equivaldría a la inmediata desintegración, y probablemente también a la de Nadia.

Para tener alguna posibilidad de salvarse era preciso aparentar que se daba por vencido. Sólo así podría aprovechar cualquier oportunidad de escapar a sus captores.

Twan-Lih alzó la diestra y emitió una orden gutural.

Casi simultáneamente, el patrullero encargado de la vigilancia de Cormahn presionó en el vientre de éste con el cañón de su láser.

—Echa a andar, oficialito de mierda —le espetó, empujándole con rudeza—. No vamos a quedarnos aquí hasta mañana.

Miklos se mordió el labio inferior para no proferir los insultos que tenía *in mente*. Dominó su instintiva reacción de rebeldía, doblegándose a la intimidación de aquellos individuos. Luego, cuando Twan-Lih se puso a la cabeza del grupo, el capitán marchó tras él.

La patrulla de vigilancia avanzó hacia la base secreta de la SIC, instalada en la zona más abrupta del macizo de Haggar.

13

—Te traigo compañía, Heyerson —exclamó Twan-Lih empujando a Cormahn al interior de la celda donde se hallaba el científico—. Así podréis consolaros mutuamente hasta que el jefe decida qué ha de hacerse con vosotros.

Twan-Lih rió a carcajadas y salió de la celda, mientras «cara de perro pachón» pulsaba el interruptor que accionaba los dispositivos electrónicos de seguridad y de alarma.

El capitán se volvió hacia Heyerson, pero éste se llevó un dedo a los labios imponiéndole silencio.

—Espere a que se alejen, capitán —le susurró—. Hablaremos cuando se hayan alejado.

Cormahn asintió con un gesto de cabeza y se sentó en un rincón de la celda, para cambiar impresiones con el científico cuando pudiesen hablar sin temor a ser escuchados por sus enemigos.

Mientras, en el corredor, uno de los vigilantes se dirigía a Twan-Lih y, señalando a Nadia, preguntaba:

—¿Qué hacemos con la mujer?

Su jefe y los demás componentes de la patrulla rieron a mandíbula batiente. La pregunta les parecía tremendamente ingenua. Y Twan-Lih se carcajeó irónico.

—¿No se te ocurre qué se puede hacer con una prisionera que está tan rica como ésta? ¡Vamos, no me hagas reír! —y poniéndose serio, añadió—: Métela en ese calabozo, tiene un catre bastante cómodo. Ya que hemos de quedarnos de guardia en este maldito sótano procuraremos pasarlo lo mejor posible…, y ella nos ayudará a que la de hoy sea una guardia agradable.

Los patrulleros rieron y se relamieron de gusto ante la perspectiva que se les presentaba.

Nadia, luego de oír a Twan-Lih, se estremeció y su jugosa boca se curvó en un gesto de asco, de repulsión.

Le resultaba fácil imaginar lo que le esperaba.

No se amilanó por ello, sin embargo. Su reacción fue precisamente la contraria. Se dijo a sí misma que tenía que sacar partido de la situación.

«Todavía no hay que dar por perdida toda esperanza —pensó procurando animarse a sí misma—. Aún no se ha dicho la última palabra».

Ella dejó que Kohol, «cara de perro pachón», la empujase al interior del calabozo indicado por Twan-Lih y, sin necesidad de que aquél le dijera nada, Nadia fue a sentarse en el borde del catre.

Una sonrisa estereotipada, de profesional del placer, afloró a los labios de la mujer. Movió sus manos con gestos lentos, excitantes, provocativos… Se pasó la lengua para humedecer los labios de un modo voluptuoso, lascivo, insinuante.

«Cara de perro pachón» dejó escapar un rugido y fue a saltar sobre ella. La mano recia y firme de Twan-Lih se lo impidió sujetándole con fuerza por el cuello.

—¡Quieto, bestia!

Kohol se volvió para mirar furioso a su jefe.

—¿Por qué…?

—El primero en beneficiársela seré yo. Luego iréis tú y los demás, pero antes he de recibir las órdenes sobre los prisioneros. No quiero que venga un jefazo y nos sorprenda. ¿Está claro?

Sus subordinados obedecieron a regañadientes.

Kohol salió del calabozo y accionó el mecanismo de seguridad y de alarma mientras su jefe agregaba:

—Iré al PC para informarme, pero hasta que yo venga, nadie…, ¿lo entendéis?… ¡Nadie tocará a esa mujer!

Los vigilantes guardaron un silencio ominoso, en el que

predominaba el rencor, al verse defraudados cuando se las prometían tan felices.

Pero Twan-Lih abandonó el sótano seguro de que nadie tendría la absurda idea de desobedecer sus órdenes.

* * *

—¿Está seguro de que podemos hablar sin riesgo a ser escuchados? —preguntó Cormahn al científico—. Yo creía que en lugares como éste había siempre instalado algún aparato de escucha.

Heyerson movió la cabeza en sentido negativo.

—Se equivoca, capitán. La experiencia ha demostrado que los prisioneros no se fían unos de otros y su recelo aumenta en la celda. Sin embargo hay otros lugares que sí encierran ese peligro. Aquéllos que permiten un relativo relajamiento, como el patio, las duchas, el comedor…

—Entiendo.

—Bien, capitán. Ahora dígame cómo llegó hasta aquí. ¿Fue secuestrado también, igual que hicieron conmigo?

Miklos Cormahn movió la cabeza, negativamente. A continuación explicó cómo, después de haber apresado e interrogado a Kamoss, había llegado a la conclusión de que la base secreta de la SIC estaba en el macizo de Haggar. Y le contó asimismo cómo, a pesar de las precauciones adoptadas para no ser descubiertos, habían sido sorprendidos él y Nadia mientras dormían, siendo apresados y conducidos hasta allí.

—Y ahora —rezongó al finalizar su explicación—, nos tienen a buen recaudo, incapacitados para hacer nada, imposibilitados para evitar la amenaza que se cierne sobre el planeta.

—¿Qué hará el general al no recibir noticias suyas?

Miklos se encogió de hombros.

—¡Cualquiera lo sabe!

Y con tono rezumante de amargura añadió:

—Igual puede borrarme de la lista de oficiales en activo para

engrosar la de los muertos o desaparecidos, que puede descargar su rabia efectuando un ataque masivo contra esta maldita Base, en cuyo caso, a nosotros nos tocaría morir junto con el enemigo. De un modo u otro, a nosotros nos espera la peor parte.

—Y lo malo es —agregó pensativo el científico-que esta Base no tiene más que una importancia secundaria en los planes de los gerifaltes de la
SIC
.

—¿Importancia secundaria? —repitió sorprendido Cormahn.

—Sí, capitán. Dados mis conocimientos sobre la materia, he podido calibrar el alcance y las consecuencias del proyecto.

Heyerson hizo una breve pausa, como si recapitulara sus pensamientos.

—El personal de esta base ha sido dotado de equipos antitérmicos, aptos para soportar las más bajas temperaturas, para poder actuar luego de producirse la colisión del asteroide y el planeta, con el subsiguiente resultado de la aparición del invierno nuclear. Pero el meollo del asunto —añadió cejijunto— está muy lejos de aquí, en la base principal que la
SIC
debe haber instalado en uno de los asteroides saturninos, imagino que en Hiperión o en Japeto.

Miklos soltó un taco y pegó un puntapié contra el muro de su celda.

—Y pensar que estuve con mi escuadrilla lo bastante cerca de Saturno…, y que ahora tengo a las tripulaciones descansando en los asteroides jupiterianos… ¡Qué imbéciles hemos sido!

El científico hizo un gesto de resignado fatalismo.

—Ya no se puede llorar sobre la leche derramada. Si no podemos escapar de aquí ni entrar en contacto con el general Gammel, la Tierra puede darse por perdida y aniquilada toda la humanidad…, a excepción, claro está, de los incondicionales servidores de la
SIC
y de sus gerifaltes, para los cuales esa tremenda colisión, la hecatombe, representará tan sólo una manera como otra cualquiera de acrecentar sus riquezas y de convertirse en los personajes más acaudalados y poderosos de esta galaxia.

Miklos prorrumpió en maldiciones, dejando que estallase toda la cólera que le dominaba.

—No se canse, capitán —le indicó Thor Heyerson—. Por mucho que usted les maldiga no conseguirá nada.

—Sí, profesor. Lo sé de sobra —murmuró Miklos, sin poder dominar la rabia que experimentaba—. Es igual que rebuznar contra el cielo. Pero…, ¿acaso me queda otra manera de desahogarme? ¡Malditos sean!

El científico se encogió de hombros, mientras Cormahn agregaba:

—Si al menos pudiésemos escapar de aquí, otro gallo nos cantaría, profesor. ¡Se lo garantizo!

Thor aún sonrió.

—Olvídelo, capitán. Eso no pasa de ser un deseo irrealizable. Una simple ilusión.

Miklos respondió con un gruñido.

Ambos prisioneros pensaban lo mismo acerca de su situación y de su futuro, y sin embargo…

* * *

En medio de su desesperación, Nadia abrigaba un rayo de esperanza.

Tal vez infundado, pero ella a pesar de su situación, no lo sentía así.

En Nadia eso era normal.

La mujer había pasado durante su vida por suficientes situaciones problemáticas y peligrosas como para rendirse a las primeras de cambio. Era comprensible, pues, que no se diera por vencida tan fácilmente.

—A fin de cuentas —musitó—, cuando la desgracia se ceba en nosotros no nos deja otro camino que la esperanza.

Nadia se percataba de su situación real y comprendía la urgente necesidad de buscar una forma de salir de aquel maldito atolladero. Sabía que no podía esperar ninguna ayuda de Miklos, preso a pocos metros de donde ella estaba.

«En realidad, la situación es más difícil para él que para mí —

pensó angustiada—. A fin de cuentas, resignándome a servir de objeto de placer a esos brutos todavía puedo salvar mi vida, pero él…».

Se estremeció al imaginar cual sería el destino del capitán.

—¿Qué puedo hacer, teniendo en cuenta mi situación de prisionera? —se preguntó—. ¿Qué alternativas tengo?

La idea de que su oficio podía servirle se abrió paso en su mente, cada vez con mayor fuerza. Y la acarició como si se tratara de algo precioso, de mucho valor.

Era una idea válida, sí, señor.

Una idea que podía representar su salvación y la de Miklos.

De un modo casi instintivo, Nadia miró a la puerta de su calabozo. Estaba cerrada, aislándola de los hombres encargados de vigilar a los prisioneros.

«Al científico y a Miklos acabarán matándolos —pensó estremeciéndose de temor—, pero a mí me reservan una suerte distinta. ¡Si al menos pudiese entretenerlos y ganar tiempo…!».

Nadia no vislumbraba aún de qué manera podía salir libre de aquel calabozo, y mucho menos cómo se las arreglaría en ese caso para llegar a donde estaban encerrados Heyerson y Miklos, para liberarlos a su vez.

Pero la idea se había apoderado de su mente y la estaba perfilando.

Nadia llegó así a la conclusión de que quizá en plena actuación encontraría el medio más oportuno, el adecuado.

En plena actuación.

Sí, eso era.

Tenía que actuar.

Nadia sonrió segura de sí misma.

La mujer se sabía perfectamente capacitada para actuar con cualquier hombre, encendiéndole la sangre, haciendo que la deseara más y más, para, de ese modo, utilizarlo como mejor la conviniese.

Utilizarlo como ella quisiera.

—Muy bien —se dijo—. Para utilizar a un hombre y convertirlo en un juguete, una mujer como yo tiene buenos recursos. Pero, para recibir algo, hay que dar también algo a cambio. Nadie se arriesga por nada.

Nadia se pasó las manos por las turgencias de su busto y musitó:

—Yo puedo ser un buen aliciente.

La sonrisa de la mujer se hizo más amplia a medida que se acariciaba.

Ella tenía todo lo que un hombre podía desear.

—Pero esto tendrán que pagarlo caro… ¡Mucho más caro de lo que esos zoquetes se pueden imaginar!

Tensa todavía, Nadia se tendió en el catre de su calabozo y adoptó una postura entre lasciva, voluptuosa y provocativa.

Poco a poco fue relajándose para esperar a que llegase el jefe de aquella cuadrilla, aquel maldito Twan-Lih, que quería ser el primero en poseerla, en gozar de sus encantos.

—Y lo será…, pero todavía ignora a costa de qué.

Nadia había tomado ya su decisión. Sólo le faltaba ponerla en práctica. Y eso cuanto antes mejor.

Entonces, mientras aguardaba la llegada del hombre al que pensaba utilizar como a una marioneta, ella concentró su mente y sus pensamientos en cuál habría de ser su actuación.

Una actuación que tendría que ser muy brillante, para que cristalizara en la consecución de su propia libertad, la del científico y la de Miklos.

La libertad de los tres.

14

Los componentes del consejo directivo de la *Spacial Industries Consolidated* miraron expectantes a su presidente.

Van Shaker acababa de entrar en la sala de reuniones acompañado por Sum Lyberteng, el director de operaciones.

Ambos fueron a ocupar sus respectivos puestos en la mesa y Van Shaker alzó la diestra, como si reclamara silencio, a pesar de que éste reinaba en la estancia desde que él había hecho su aparición.

—Caballeros, tengo una noticia muy importante que comunicarles —dijo en tono engolado, carraspeando después, como si necesitara aclararse la voz, gozando de la expectación causada por aquel principio. Y añadió—: Thor Heyerson, que podía contrarrestar nuestra acción evitando la colisión del asteroide, se halla a buen recaudo, en un calabozo de nuestra base secreta de Haggar.

Un murmullo de satisfacción y varias exclamaciones de aprobación acogieron aquellas palabras.

Van Shaker levantó de nuevo la diestra, consiguiendo que se rehiciera el silencio en la sala de reuniones.

—Pero todavía hay más —agregó con aire de superioridad—. Nuestro peor y más peligroso enemigo, el capitán Cormahn, de la JPC, está también encerrado en un calabozo de esa misma base.

Los murmullos crecieron ahora de volumen y las exclamaciones de euforia subieron de tono. Van Shaker se recreó con aquel resultado y, señalando a Sum Lyberteng, indicó:

—Nuestro eficiente director de operaciones les pondrá al corriente de cuál es la situación actual.

El aludido se puso en pie y, con el rostro exultante, explicó:

—En la base secreta todo está bajo control. Nadie en el planeta puede oponerse ya a nuestra acción. Y en cuanto al asteroide, al que

hemos dado el nombre clave de
CIS
, su ruta está siendo debidamente controlada, desde nuestra base en Hiperión, para que no se desvíe ni un ápice y se produzca la colisión, tal y como hemos planeado.

Varios de los consejeros acosaron a preguntas a Lyberteng, el cual tuvo palabras tranquilizadoras para todos ellos.

La satisfacción de los allí reunidos no tenía ya límites y, por eso mismo, el consejero delegado Pasthianar propuso:

—En la confianza del éxito que nos garantiza nuestro amigo Sum, que una vez más ha demostrado su eficiencia, propongo que brindemos en su honor…, y también en el de nuestro presidente.

La proposición fue acogida con entusiasmo.

A una orden de Pasthianar, dos sirvientes entraron en la sala de juntas, portadores de bandejas con copas y una botella de néctar espumoso.

Los sirvientes escanciaron el néctar en las copas y salieron de la sala silenciosos como habían entrado.

Hugh Pasthianar alzó entonces su copa y brindó:

—Por nuestro presidente y por Sum Lyberteng. Por el éxito y la riqueza que gracias a ellos vamos a conseguir.

Todos levantaron sus copas y el brindis fue general.

—¡Por el éxito y la riqueza!

Después vaciaron sus copas y el presidente disolvió la reunión del consejo directivo de la
SIC
, cuyos componentes estaban ya convencidos de que sus ambiciosos aunque criminales planes iban a convertirse en realidad.

Lucrativa realidad para ellos.

Una realidad que sólo podían impedir dos hombres y una mujer…, que estaban presos en una base secreta del macizo de Haggar.

* * *

—¿Estás segura de que todo saldrá como dices? —indagó Twan-Lih mordisqueando el cuello de Nadia.

—Te doy mi palabra —afirmó ella, acercando su boca a los

labios hambrientos del jefe de la guardia—. Y también te aseguro que, poniéndote de parte del gobierno, obtendrás mayores beneficios que trabajando para la SIC.

Nadia acarició el pecho viril y susurró:

—Ahora tienes que proporcionarme un uniforme. ¿Alguno de tus hombres es de una talla parecida a la mía?

Twan-Lih rio con ganas.

—Precisamente hay uno del que todos nos hemos reído un sin fin de veces por su parecido con una mujer. Su uniforme te vendrá que ni hecho a medida.

—Entonces no pierdas más tiempo. Llámale.

—Ahora mismo —dijo Twan-Lih levantándose.

El jefe de los vigilantes fue hasta la puerta, que desde que entró él en el calabozo permanecía sólo entornada. La abrió y gritó con tono autoritario:

—¡Jaffy! ¡Ven aquí!

Una voz aflautada respondió al instante.

—¡Voy volando, jefe!

El vigilante con pinta de afeminado se apresuró a entrar en el calabozo para encontrarse con su jefe, encañonándole con su pistola láser.

—¿Qué es… esto…? —inquirió balbuceante.

—No hagas preguntas idiotas, Jaffy, y desnúdate. ¡Aprisa!

Desconcertado y temblando de miedo, Jaffy obedeció despojándose del uniforme, del que se apoderó rápidamente Nadia vistiéndose con él en un santiamén y ciñéndose el cinto del que pendía la funda con una pistola láser.

No había hecho la mujer más que endosarse aquella ropa cuando «cara de perro pachón» irrumpió en el calabozo, con el rostro congestionado por la cólera. Se encaró con Twan-Lih sin fijarse para nada en la uniformada Nadia ni en su desnudo camarada Jaffy, y gritó como un energúmeno.

—Dijiste que luego de tirártela tú ella sería para mí. ¿Por qué has llamado a la marica de Jaffy?

Nadia no le dio tiempo a Twan-Lih para responder.

La mujer había desenfundado su láser en el preciso instante en que entró el vociferante Kohol, y apenas hubo terminado de preguntar, ya ella proyectaba sobre él un rayo que le fulminó de modo instantáneo.

Kohol, «cara de perro pachón», pasó de la sorpresa a la muerte sin darse cuenta siquiera de que se moría.

Cayó a los pies del aterrado Jaffy, que dio un brinco atrás.

Aquel gesto instintivo no le salvó de ser alcanzado por el segundo rayo que disparó la pistola que empuñaba Nadia.

Twan-Lih la increpó:

—¿Era necesario que los eliminases?

—No seas ingenuo, Twan-Lih. Claro que lo era. ¿No ves que no debe quedar ningún testigo de todo esto?

El jefe de la guardia dejó escapar un gruñido.

—Tienes razón.

—Y ahora —añadió ella—, ocupémonos de los demás.

Ambos salieron del calabozo al mismo tiempo, disparando él contra los hombres que estaban a la derecha y Nadia contra los de la izquierda.

Los guardianes no podían esperar un ataque así y cayeron fulminados, dejando libre el campo para que Nadia libertase al científico y al capitán Cormahn.

—Estoy a sus órdenes —les dijo Twan-Lih.

—Estupendo. Y será recompensado por esto.

Thor Heyerson terció para apremiarles.

—No olviden que no hay tiempo que perder. ¿Dónde está el puesto de mando de la Base?

—Es verdad —admitió Miklos, que encarándose con el jefe de los guardianes, le conminó—: Condúzcanos al
PC
de la Base. Hay que poner fuera de combate a su jefe y establecer contacto con la central de la
JPC
.

Than-Lih hizo un gesto de asentimiento y, abriendo la marcha, condujo a los dos hombres y a la mujer al centro neurálgico de la base de Haggar, que en menos que se tarda en contarlo pasó a quedar a disposición de los leales al gobierno terrestre.

* * *

—Atención, control. Habla el capitán Miklos Cormahn, identificación «eme, ce, cero, diecisiete». Conexión urgente y de prioridad con el general Gammel.

A los pocos segundos quedaba establecido el contacto y el capitán informaba de lo ocurrido en Haggar. Luego Thor Heyerson transmitió la posición de la base de la SIC en el asteroide saturnino Hiperión.

—Desde allí se envían los misiles que modifican la trayectoria del asteroide CIS, para que éste colisione con la Tierra.

—Gracias, profesor —replicó el general—. Esa base será arrasada sin contemplaciones.

Entonces intervino Cormahn.

—Mi escuadrilla está estacionada en los asteroides jupiterianos. Convendría reunirlos y lanzarlos al ataque en formación lineal. De ese modo el enemigo enviará misiles contra la nave que vaya en cabeza, pero las demás seguirán adelante y podrán destruir la base de Hiperión.

—¡Excelente idea, capitán! —aprobó Bernú Gammel.

El capitán Cormahn fue a añadir algo más, pero ya su jefe había cortado el contacto con Haggar para iniciar el ataque contra el asteroide ocupado por los sicarios de la SIC.

En vista de ello, Miklos se volvió hacia Heyerson y le pidió:

—Necesito que me acompañe en una nave a la caza del asteroide CIS.

—¿Puedo preguntarle para qué, capitán?

—Sí. Necesito asegurarme de que su trayectoria deje de ser la de colisión con la Tierra. Y eso sólo usted puede decírmelo.

—De acuerdo, capitán. ¡Vamos!

Nadia no dijo nada, pero cuando Miklos se encaminó hacia la salida ella marchó tras él. Twan-Lih trató de retenerla, pero ella se

revolvió airada.

—Déjame.

—Pero tú… me ofreciste…

—Sé muy bien lo que te ofrecí. Y te aseguro que serás un hombre rico y que ascenderás en tu carrera, pero yo pertenezco a ese oficial. Todo lo que hice fue por él, para salvarle. ¿Comprendes?

Twan-Lih bajó la cabeza y soltó su brazo.

Y la mujer echó a correr para reunirse con el profesor y Miklos, que ya estaban en el astropuerto de Haggar a punto de ocupar una nave que les condujera hasta las proximidades del asteroide
CIS
.

15

Desde la astronave, Miklos Cormahn estableció contacto nuevamente con el general Gammel, al que se permitió indicar otras medidas de seguridad para poner fuera de combate definitivamente a los gerifaltes de la
SIC
.

—Convendría efectuar una *razzia* total en las instalaciones de esa maldita organización. Sus gerifaltes pueden tratar de escapar disfrazándose de simples obreros para pasar desapercibidos en el primer momento y esfumarse después.

—Bien pensado, capitán. Actuaremos inmediatamente y no se escapará ni una rata.

—Pero sobre todo exija que la operación se haga a toda velocidad, mi general —insistió Miklos—. En cuanto en el centro de control de la
SIC
se reciban las primeras noticias del ataque al asteroide Hiperión, Van Shaker y Lyberteng comprenderán que sus planes han fracasado y tratarán de escapar.

—No lo conseguirán, capitán. Opere tranquilo.

—Gracias, mi general.

Tranquilizado a aquel respecto, Miklos Cormahn siguió enfilando su nave hacia el asteroide que había recibido el nombre clave de
CIS
, al tiempo que iba recibiendo noticias de los resultados del ataque contra Hiperión.

—La base enemiga está siendo arrasada —comentó satisfecho, mirando a sus dos compañeros de viaje.

—Sí, capitán —dijo Heyerson—. Su plan de ataque en fila india

ha surtido efecto. El enemigo no esperaría nada así y cuando haya querido reaccionar habrá sido tarde para ellos.

Miklos respondió con un gruñido de satisfacción. Sus ojos se mantenían fijos en la pantalla, esperando ver aparecer de un momento a otro el asteroide que había sido la causa de tantos problemas.

La forma esferoide apareció primero como un punto brillante en la negrura del cielo. Después, a medida que su silueta iba creciendo, fue perdiendo luminosidad hasta convertirse en un enorme y redondo objeto casi opaco, igual que el fósforo ardiendo tras una pantalla negra.

—¡Ahí tenemos a ese maldito CIS! —exclamó Miklos apuntando con el índice a la pantalla.

Nadia se inclinó para contemplar la amenazadora figura, pero quedó decepcionada.

—Parece un pedrusco y nada más.

Thor Heyerson se echó a reír y dijo a su vez:

—Eso que llama pedrusco ha podido causar la destrucción de toda la humanidad. Ha sido la peor amenaza que podía llegarnos del cielo, pero, afortunadamente, ese peligro ya puede ser conjurado.

El científico se entretuvo en hacer toda una serie de cálculos, después de lo cual preguntó a Miklos:

—¿De cuántos misiles dispone a bordo de esta nave?

—Sólo de dos, profesor.

—¡Hum! ¡Espero que bastarán!

Thor Heyerson volvió a enfrascarse en sus cálculos para acabar diciendo:

—Habrá que acercarse más de la cuenta para que los misiles hagan impacto en las zonas precisas y la desviación sea un hecho definitivo. De otro modo no podríamos tener seguridad y si CIS se acerca demasiado a la Tierra…, bueno, los efectos secundarios podrían ser fatales.

Miklos apretó los dientes y tomó entre las suyas las manos de Nadia, diciéndole al profesor:

—En lo que a nosotros respecta no creo que valga la pena que nos preocupemos. Usted diga dónde hay que impactar y deje que

del resto me encargue yo.

El científico hizo un gesto de asentimiento y dibujó en forma esquemática el objetivo que se había de alcanzar.

Cormahn observó el dibujo y luego miró al profesor a los ojos.

—Tenía razón, Thor. Será peligroso, pero…, creo que vale la pena arriesgarnos nosotros para que se salven todos los demás.

Con un gesto, Miklos señaló a un asiento y le dijo:

—Instálese lo más cómodamente que pueda, profesor. Morir por morir que sea con comodidad.

El científico sonrió e hizo lo que le decía Cormahn. Éste, mientras tanto, había invitado a Nadia a sentarse junto a él.

—Después de lanzar los misiles sabremos si morimos juntos o si viviremos unidos para siempre.

Ella se instaló a su lado y él sonrió al verla cruzar sus dedos.

A continuación, Miklos pulsó los inyectores de propulsión y la astronave pareció brincar en el cielo para acercarse al lado izquierdo del asteroide.

Miklos vio cómo se iban acortando las distancias.

Mantuvo la velocidad hasta que, considerando había llegado al límite requerido por Heyerson, accionó el disparador y los dos misiles fueron lanzados en línea recta contra su objetivo.

Al mismo tiempo, Miklos observó la pantalla y efectuó un viraje de 180.º que le situó en dirección opuesta a la del asteroide.

Una fuerte deflagración estremeció el cielo.

La astronave vibró como si hubiera sido sacudida por una tremenda explosión capaz de convertirla en un montón de hierros calcinados y retorcidos.

Pero la nave sobrevivió al estallido, y también sus tripulantes.

—¡Nos hemos salvado! —exclamó eufórico Thor Heyerson.

Nadia y Miklos no dijeron nada. Sus labios estaban demasiado ocupados besándose para entretenerse en hablar.

FIN